

4 101
BIBLIOTECA

602

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS.

MADRID.

Imprenta de D. V. de Lalama, Editor,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LA MODISTA ALFEREZ.

Comedia en dos actos, arreglada á la escena española por D. RAMON DE NAVARRETE,
estrenada por la Compañía del Teatro del Príncipe, la noche del 24 de diciembre
de 1845.

Es propiedad de D. Vicente de Lalama, Editor de esta BIBLIOTECA, la cual se publica en Madrid, calle del Duque de Alba, n. 13, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de mayo de 1837, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se hallará de venta en Madrid, en las librerías de *Jordan*, calle de las Carretas, *Viuda de Razola*, calle de la Concepcion, y en la *Imprenta calle del Duque de Alba*, n. 13, á 3 rs. las de un acto, y á 4 las de dos ó mas actos.

Con el objeto de fomentar en lo posible la aficion al bello arte de la declamacion, permite el Editor, que toda Sociedad ó Liceo donde se encuentre instalada la seccion dramática, pueda representar esta y cuantas forman la coleccion, siempre que preceda la licencia del Editor en Madrid, ó de sus correspondientes en las provincias, y el abono de seis ejemplares para la seccion.

PERSONAGES.

MARIA, <i>Gran duquesa de Baden</i>	DOÑA BARBARA LAMADRID.
LEON DE VILLARCY, <i>oficial francés al servicio de la Duquesa</i>	D. CARLOS LATORRE.
EL CONDE DE SALDORÉ	D. PEDRO LOPEZ.
LA CONDESA, <i>su esposa</i>	DOÑA MARIANA CHAFINO.
CARLOTA CLAPIER, <i>modista</i>	DOÑA TEODORA LAMADRID.
TANCREDO DE BAMBINELLI, <i>caballero joven del Principado de Monaco</i>	D. MARIANO FERNANDEZ.
JUAN, <i>ayuda de cámara de Leon</i>	D. JOSE PEREZ PLO.
OFICIAL 1.º	D. JOSE DIEZ.
IDEM 2.º	D. N. BAUS.

La escena es en Carlsruhe, en Alemania, en el siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

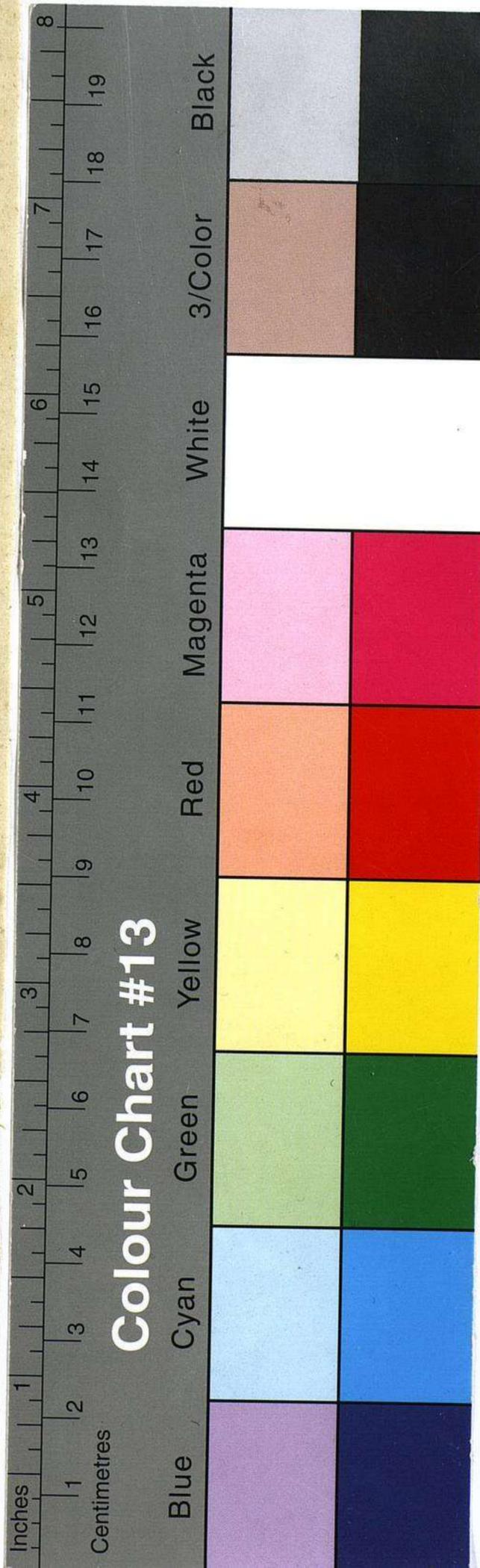
El teatro representa un salon elegante. A la izquierda la puerta del cuarto de Leon: al mismo lado, pero mas hácia el fondo, una ventana con cortinas. A la derecha una puertecilla oculta entre la tapicería. Un canapé, á la izquierda, y una mesa á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, LEON, Y JUAN.

(*Al levantar el telon, la Condesa está escribiendo en la mesa, Leon sale por el fondo, embozado en una capa, y seguido de Juan.*)

COND. No vuelve! Es menester escribirle! «Mi querido Leon, prudencia!» (*Vivamente, y poniéndose una mascarilla (un lobo) que habia*



dejado sobre la mesa.) Quién vá?... (*Quitándoseela.*) Ah! sois vos, Leon? Escribiéndoos estaba. (*Se levanta.*)

LEON. Vos, Condesa? (*Dá la capa á Juan que se marcha.*) Y me esperábais aqui, en mi cuarto?... Pues qué ocurre?... Maria...

COND. Sin su noticia vengo á daros un aviso.

LEON. Un aviso?

COND. Está inquieta, recelosa...

LEON. Qué decis?

COND. Anoche en el teatro, donde se hallaba rodeada de los principales personajes de su Corte, no se ocupó durante la representacion, mas que de una sola persona; de una muger desconocida, cuyo antejo, que nos ocultaba casi su rostro, se dirigia, no hácia el palco ducal, sino al de los oficiales de guardias, donde vos os hallábais. Y entonces, ¿cómo no habia de reparar vuestra turbacion, vuestro embarazo, que no conseguiais disimular?

LEON. Acaso podia? Y vuestra Señora...?

COND. En su color arrebatado, en sus movimientos de despecho, en el modo con que trató á su pañuelo de encaje, (*riéndose*) que me ha devuelto inservible, cual inocente víctima de vuestros amores, adiviné que estallaba una tempestad horrible aqui. (*Señalando al corazon.*) Y vuestra amiga, vuestra confidente, ha venido corriendo á preveniroslo todo.

LEON. (*Besando la mano que la Condesa le tiende.*) Gracias, gracias mil, hermosa Condesa.

COND. Cuidado, cuidado, amigo mio! Vos sois francés, y ligero por consecuencia; ella es celosa, y ademas...

LEON. Silencio!

COND. Estamos solos. En cuanto á esa jóven desconocida, que tenia un airecillo muy alarmante, y un traje precioso por mas señas, sed franco, ¿la conociais?

LEON. Sí, por Dios... Es decir, no... la he conocido... En fin... ya os contaré esto. Pero ante todo... (*A Juan que sale por la izquierda.*) Juan, vé al instante á decir á esa Señora, que no puedo recibirla aqui, ni verla en otra parte. Dila tambien que se marche, que se vaya de Carlsruhe, de Alemania... que es indispensable. Anda, anda! (*Juan se vá precipitadamente por el fondo.*)

COND. Sabéis que no me tranquiliza lo que acabo de ver? Acaso...?

LEON. No es nada, no es nada. No creais que yo pueda jamás faltar á los juramentos que el cielo recibió, y de los que vos misma fuisteis testigo.

COND. Si tal sucediera, seriais un mónstruo, y yo os odiaria toda mi vida. Sin embargo, creo que no tendria valor para denunciaros.

LEON. Qué buena sois!

COND. Es verdad que os profeso tanto afecto á vos como á... como á ella.

LEON. Y haceis bien. No es vuestro marido el Conde de Saldorf, mi mas encarnizado ene-

migo?

COND. Por lo mismo estoy yo en el campo contrario, y os amo... por espíritu de contradiccion.

LEON. Seriais digna de haber nacido francesa.

COND. De veras? Pero estais solo, enteramente solo?

LEON. Sí.

COND. Pues hasta luego. (*Abre la puertecilla oculta, y desaparece por ella.*) Esperad.

ESCENA II.

LEON, despues MARIA.

LEON. (*Solo, con despecho.*) Cargue el diablo con los recuerdos de París y de Versalles! ¿Acaso voy á tener que ver aqui con mis trapiondas del regimiento de Picardía? A fé que esto me dá en qué pensar. Yo conozco á Maria: celosa y arrebatada, seria capaz hasta de romper su ídolo, si sospechase algo; y yo, ascendido á tamaña altura por un capricho inesperado de la fortuna, quizás me hundiria para siempre. Si me fuese preciso renunciar, no á este poder oculto, no á este título de que me envanezco sin embargo, sino á ese amor que es ahora mi vida, ignoro lo que fuera de mí! (*Se deja caer en el canapé absorto en sus reflexiones: ábrese lentamente la puertecilla oculta, y aparece una muger vestida de blanco: es Maria.—Acércase á Leon poco á poco, le rodea con sus brazos, y se sienta á su lado en el canapé.*) Ah!... (*Se levanta vivamente.*)

MARIA. (*A media voz.*) Qué, vás á tratarme con toda ceremonia?

LEON. (*Volviendo á sentarse á su lado.*) Maria!

MARIA. Qué temes? Acaso hay aqui ministros ó embajadores que pretendan leer hasta en el fondo de mi alma? Pero yo soy mas astuta que toda la diplomacia europea. Ya han robado á mi amor tres horas eternas, que creí no se acababan nunca. Ahora debo dedicarme á mi esposo.

LEON. Cuánto tiempo que no te veia!

MARIA. De veras te ha parecido largo? Ah! me alegre, me alegre mucho! Y en verdad que nos vemos poquisimo! (*Tristemente*) Tan tarde he comenzado á ser feliz, que no quisiera perder ni un minuto de ventura! Ay! Cuando pienso en los tristes años de mi juventud!...

LEON. Yo estaba lejos de tí! Yo no te conocia entonces!

MARIA. Y si allá en Francia algun oficial de tu regimiento, pronunciaba en tu presencia el nombre de Maria, Gran Duquesa de Baden, no compadecias á la infeliz sacrificada, como siempre, por razon de estado?

LEON. Yo, pobre segundon de una familia ilustre, no pensaba mas que en hacer fortuna, é irritado de la inaccion en que vivia, solo me cuidé de aceptar el grado que se me ofreció en

el nuevo regimiento de Guardias de la Duquesa Maria, y vine sin pérdida de tiempo á Baden.

MARIA. Bendito mil veces el dia en que abandonaste la Francia! Yo iba, por fin, á ser dichosa, yo iba á verte, á amarte! Amarte! Esto podia ser tal vez un crimen, y antes hubiera muerto que cometerlo! Pero cuando el cielo hubo santificado nuestra union, fui completamente venturosa!

LEON. Y yo que no tenia nada, que no soy nada...

MARIA. (*Poniéndole la mano en la boca.*) No digas eso. Y tanto cariño, tanta ternura, no es esa tu mejor diadema?

LEON. Qué encanto hay en este amor secreto, en esta felicidad desconocida y misteriosa, que ningunos ojos profanan!

MARIA. (*Levantándose.*) Qué encanto, sí, pero cuántos tormentos tambien! Separada de tí, ignorando dónde te hallas, lo que haces, estoy de continuo inquieta, y de todo temo; porque ya lo sabes, soy celosa!

LEON. Lo de siempre! (*Aparte.*)

MARIA. Sí, celosa! Y si tú supieses los malos pensamientos que me vienen á la imaginacion en las largas horas que paso lejos de tí! Entonces me figuro que me eres infiel, que me vendes... entonces conozco que seria inclemente en mi venganza, é imagino, invento suplicios para mi rival...

LEON. (*Sonriéndose.*) Imaginaria.

MARIA. De veras? (*Muy conmovida, y apretando su pañuelo.*) Es que nada me detendria... ni aun los vínculos sagrados que me unen á tí, y que podria romper como... (*Arrastrada por un movimiento de celos, desgarrá el pañuelo que tenia en la mano.*)

LEON. (*Cogiéndole, y presentándosele.*) Como este pobre pañuelo que no tiene culpa de nada... y que por mas señas vale, ó valia antes, un dineral.

MARIA. (*Bajando los ojos.*) Ah! es cierto!... En mi transporte...

LEON. Solamente una Princesa soberana, puede permitirse ser celosa... á este precio.

MARIA. (*Riéndose á carcajadas.*) Ah, ah, ah! Pues es el segundo desde anoche!

LEON. El segundo?

MARIA. Sí... una locura... una extravagancia... de la que no quisiera tener que avergonzarme en tu presencia... porque... (*Observándole.*) ayer en el teatro, aquella muger... Es verdad que no la conoces?

LEON. (*Titubeando.*) Qué muger?... No sé lo que quieres decir.

MARIA. (*Vivamente.*) La conoces... la conoces... Y tu turbacion cuando te miraba... tu emocion...

LEON. (*Con aplomo.*) Y cómo no adivinaste, tú que sabes mas que toda la diplomacia europea, que tus miradas eran lo único que me conmovia de aquel modo?

MARIA. Seria posible?

LEON. Delante de toda la Corte!... Imprudente!..

MARIA. Oh! Si tú me engañases!... (*Reprimiéndose.*) No... no... te creo... te creo; y ya esta mañana habia conseguido desterrar mis horribles sospechas, y la prueba es, que venia á traeros este despacho, señor Coronel...

LEON. Coronel! Cómo... Un despacho!...

MARIA. (*Gravemente.*) Tened! De parte de S. A... Y... ¿no hay nada para el mensajero? (*Tendiéndole la mano.*)

LEON. Ah! Maria! (*Vá á besarle la mano, cuando se abre violentamente la puerta, y esclama una voz:*)

EL CONDE. De parte de S. A.!

MARIA. Cielos! (*Pónese precipitadamente la mascarilla que traia al entrar.*)

ESCENA III.

DICHOS, EL CONDE DE SALDORF y un criado.

LEON. (*Yendo hácia el Conde colérico.*) Señor Conde de Saldorf: Cómo os atreveis á entrar en mi cuarto de ese modo?

CONDE. Vengo de parte de la Gran Duquesa, caballero, y á ese nombre deben abrirse todas las puertas como por encanto. Además, vuestros criados tienen la culpa de que... (*Viendo á Maria.*) Ah! Una muger!... perdonadme; ahora conozco que debo seros molesto. (*Saluda tres ó cuatro veces á Maria, que continua inmóvil.*)

LEON. Veniais á comunicarme una orden de nuestra Soberana?

CONDE. Una orden ó un capricho, porque no le faltan de estos últimos á la augusta Señora.

MARIA. (*Olvidándose de su incógnito.*) Ah! (*El Conde la saluda de nuevo.*)

LEON. Eso pensais?

CONDE. Es exactamente. (*Bajo á Leon.*) No tiene mala traza la encubierta. (*Aparte.*) Quién podrá ser? Vestido blanco! Voy á observar todos los que hoy vea en la Corte.

LEON. Pero, en fin, señor Conde, no me direis?..

CONDE. Ah! Si! S. A. quiere que nos pongamos de acuerdo los dos, acerca del nuevo uniforme de sus pages... que formarán en adelante una compañía de oficiales jóvenes... idea original, que hasta carece de sentido comun.

MARIA. (*Como antes.*) Ah! (*El Conde la saluda otra vez.*)

LEON. Mil gracias, porque la idea es mia.

CONDE. No importa, es absurda; y yo me someto á ella, porque no hay otro remedio. Pero en mi calidad de ex-director de los ex-pages, debo deciros que no admito en sus filas á uno de vuestros protegidos, segun creo... al caballero Rodolfo de Harsberg, sobrino del General del mismo nombre.

LEON. Es un protegido de S. A.

CONDE. De eso se me dá un bledo.

MARIA. Ah!

LEON. Cómo! No os importan las órdenes de la Duquesa?

CONDE. No digo tal, sino que tengo de ese jóven noticias... espantosas! Es un hombre audaz, atrevido, aventurero. Yo no le conozco, mas sé que él se jacta de que todas las mugeres se mueren por él. (*Riéndose.*) Ah, ah! En eso no irá muy descaminado. Perdonadme, Señora... perdonadme! (*Aparte.*) Debe haberse puesto colorada!

LEON. Hablais de las señoras con una ligereza!

CONDE. Es muy natural que las defendais, vos que os elevais todos los dias desde que nuestra Soberana se halla rodeada de jóvenes lindísimas, que forman un pequeño consejo de ministros... con faldas.—Y una de ellas, algo débil, sin duda... (*Reprimiéndose.*) Dispensadme, Señora... soy tan flaco... de memoria, quiero decir... (*Aparte.*) No puedo verla, pero estoy seguro de que se ha vuelto á sonrojar.

LEON. Al caso, señor Conde.—Veniais...

CONDE. Vengo á entenderme con vos acerca de ese uniforme... ese modelo... que habeis mandado hacer, segun dicen, en París. (*Maria llega furtivamente á la puerta de salida sin que el Conde lo note.*) En París! Ahora todo nos viene de allá!

MARIA. (*A Leon al pasar por su lado, y en voz baja.*) Hasta la noche.

CONDE. (*Continuando.*) La Francia es quien nos gobierna, asi es que no nos faltarán locuras.

LEON. Locuras?

CONDE. Porque entre nosotros bien podemos decirlo... S. A. no tiene su razon cabal. (*En este momento, Maria que se habia detenido en el dintel de la puerta, al oír las últimas palabras del Conde, se escapa soltando una carcajada.*)

MARIA. Ah, ah, ah!

CONDE. (*Volviendo la cabeza.*) Hem?...

ESCENA IV.

LEON, EL CONDE, luego JUAN.

CONDE. (*Mirando á todas partes.*) Pero... dónde está, dónde se ha metido?

LEON. (*Riéndose.*) Yo no sé! Ah, ah!

CONDE. (*Riendo mas fuerte.*) Ah, ah, ah! ¿Con que es una hada? Pues yo la conoceré por su vestido blanco. Ah, ah, ah!

LEON. La Condesa de Saldorf llevaba otro igual esta mañana. Ah, ah, ah!

CONDE. (*Riéndose.*) Mi muger! Ah, ah!... (*Deteniéndose de pronto.*) Y es verdad!

LEON. (*Desde la puerta de la derecha.*) Tened la bondad de pasar adelante, señor Conde.

CONDE. Ya voy. No creais que yo experimente el menor recelo... Al contrario! La Condesa os detesta... (*Aparte.*) Como yo.

LEON. Pero entrad, señor Conde.

CONDE. (*Aparte, en el dintel de la puerta.*) Y

tiene razon! Llevaba tambien vestido blanco! (*El Conde se entra, y Leon vá á seguirle, cuando Juan, que ha salido con precaucion, le dice:*)

JUAN. Señor!

LEON. (*Deteniéndose.*) Eres tú? Y esa muger?...

JUAN. Ha querido sacarme los ojos.

LEON. Y no has alcanzado nada?

JUAN. Insiste en que desea veros.

LEON. A dónde la has dejado?

JUAN. Vino siguiéndome hasta aqui.

LEON. Dios mio!

JUAN. Pero despues ha perdido la pista, y...

LEON. Respiro! Si me vé, pobre de mí!

CONDE. (*De dentro.*) Vamos, vamos, Señor mio!

LEON. Asi, firmeza y audacia. Ya sabes lo que has de decirle; que no vivo en esta casa... que no estoy... que no me conoces... No salgas de ahí, y me he salvado! (*Sigue al Conde.*)

ESCENA V.

JUAN, despues CARLOTA CLAPIER.

JUAN. (*Mirando por la ventana del fondo.*) No veo nadie en el patio de palacio... Gracias á Dios, nos hemos librado de ella!

CARL. (*Aparece en el fondo, en traje azul, con una mascarilla en la mano, y mirando á todas partes.*) Por aqui debe ser... No hay duda. (*Se pone la mascarilla por delante de la cara.*)

JUAN. (*Alejándose de la ventana.*) Imposible es que sepa... (*Volviéndose, y dando un grito.*) Ah!

CARL. (*Con el rostro descubierto.*) Justamente! Hé ahí mi viejo! Adulemos sus canas. (*Alto.*) Jóven... dónde está Mr. de Villarcy?

JUAN. No sé.

CARL. Sin embargo, él viene á palacio.

JUAN. No sé.

CARL. Dónde vive?

JUAN. No sé.

CARL. De veras? Pues entonces voy á buscarle por adentro. (*Se dirige á la puerta de la izquierda.*)

JUAN. (*Poniéndose delante de ella.*) No entreis.

CARL. Ah, ah! Ya veis como me confesais que está aqui. Aleman amigo, sois un imbécil!

JUAN. Eh!

CARL. Esa es mi opinion acerca de vos. Y como teneis porte y trazas de lacayo, probadme vuestra habilidad, anunciando en alta voz: La señorita Carlota Clapier, de París.

JUAN. (*Asustado.*) Con que quereis perderle?

CARL. Perderle? Aun no hace veinticuatro horas que le he encontrado, y seria asaz pronto, aleman amigo.

JUAN. Pero Señora... Dios mio!... Y ahora que sale!... Marchaos, marchaos!

CARL. Marcharme!... Mirad como os obedezco! (*Se sienta á la derecha, á tiempo que salen*

el Conde y Leon.) Ah! no viene solo! (*Se levanta.*) Estoy en el cuarto de un hombre! La moral ante todo! (*Vuelve la espalda, y se pone su mascarilla.*)

ESCENA VI.

DICHOS, EL CONDE Y LEON.

CONDE. (*Saliendo delante.*) Seguramente es muy bonito, pero no para oficiales. (*Viendo á Carlota.*) Qué miro! ¿Ha vuelto nuestra hada?

LEON. (*Reparando en Carlota.*) Quién es esta muger?

JUAN. (*Bajo.*) Ella, Señor, ella!

LEON. Torpe! (*Juan se vá: el Conde saluda á Carlota, que hace una reverencia sin volver mas que la cabeza.*)

CONDE. (*Dando una vuelta en derredor de Carlota, que evita tenerle de frente.*) Ah, ah, ah! Antes el vestido era blanco... aunque fuese el rostro de igual color... pero lo repito, el traje era blanco! (*Alto.*) Es encantadora!

CARL. Ah!

CONDE. (*Aparte.*) Absolutamente el mismo lenguaje que la otra.

LEON. (*Aparte.*) Qué haré, Dios mio?

CONDE. Será otro vestido, ú otra muger? (*Aparte.*)

CARL. (*Aparte.*) Quisiera saber quién es este gordinflon que me mira tanto.

CONDE. (*Acercándose con galantería.*) Señora; aunque no os he visto nunca, estoy seguro de que sois muy hermosa; asi es una crueldad que nos oculteis vuestro divino rostro.

CARL. (*Aparte.*) Mas crueldad es que tú no te tapes el tuyo, viejo estafermo!

CONDE. (*Aparte.*) No responde! Será muda ó sorda?... No... no... será sorda-muda! Pero eso no importa nada! Al contrario, mejor.

LEON. (*Alto.*) Con que señor Conde, una vez que aprobais...

CONDE. Sí, sí, daré las órdenes á los proveedores de la Corte. (*Bajo.*) Bravo, amigo mio, bravo! Veo que S. A. ha sido justa al otorgaros su favor. (*Aparte.*) Desgraciado! Si yo quisiera perderte, no era menester mas que...

LEON. Hasta despues, Conde, hasta despues.

CONDE. Sí, sí, me marchó, porque hay momentos en que uno desea estar solo...

CARL. Ah!

CONDE. (*Saludando.*) Señora... (*Aparte.*) Decididamente es otra muger. (*Vá á salir, y se detiene.*) A menos, sin embargo, que no sea otro vestido. (*Vase.*)

ESCENA VII.

LEON, CARLOTA.

CARL. (*Quitándose la máscara.*) Pues señor, aqui estoy yo.

LEON. Carlota!

CARL. (*Con ternura.*) Sí, tu Carlota, tu antigua amiga, á la cual dejaste dos años ha á orillas del Sena; á quien hallas hoy enmedio de la Alemania, y que viene á abrazar á su tenientillo del regimiento de Picardía. (*Le abraza.*)

LEON. (*Asustado.*) Qué haceis?

CARL. Cómo! Qué es esto? No me tuteas? Acaso lo prohíbe aqui la policia? Y entonces, ¿por qué no lo pregonan por las calles? ¿O acaso eres vanidoso porque has ascendido? ¿Despreciarás, por ventura, á tus antiguas relaciones de París?

LEON. (*Con dulzura.*) Oh! no, no lo creas!

CARL. Sea en buen hora, te encuentro, y te reconozco; aunque ayer en el teatro, por mas que te devoraba con mi antejo, ni siquiera me hiciste una seña amistosa. Estabas tan alegre como un ruiñen en su jaula. Asi es que yo me decia: «no, no es mi tenientillo que era tan vivaracho, que estaba siempre tan contento, aunque no tuviese un cuarto.» Ay! qué tiempos aquellos!

LEON. Sí, sí... ya me acuerdo; mas...

CARL. Tan ocupada me hallaba en contemplarte, que apenas miré á vuestras alemanas. Con todo, no me han parecido gran cosa. Eso me ha tranquilizado. La Gran Duquesa, es bonita; pero una Señora asi... por ese lado no hay miedo... Y dicen que es soltera! Cómo es que no se ha querido casar nunca? Acaso estará enamorada de alguno? Si lo sabes, dímelo... te doy mi palabra de que no se lo contaré á nadie.

LEON. Carlota, por Dios! Yo os... yo te suplico...

CARL. Tienes razon; como estás ahora en la Corte, tienes miedo de comprometerte. Antiguamente, en el regimiento de Picardía, no tenias miedo de nada.

LEON. Vamos, dime qué es lo que te trae á Carlsruhe... y á mi casa; cuál es el obgeto de tu viaje?

CARL. Quieres que hablemos formalmente? Bueno.—Ya te acuerdas de lo grande que era mi reputacion de modista hace dos años, cuando el regimiento de Picardía reinaba en mi corazón. (*Suspirando.*) Caramba si le he querido yo á este pícaro!—Sigo mi cuento.—Nadie hablaba en la Corte sino de mí, ninguna Señora elegante se hubiera puesto un vestido ni una cofia, que no fuese de mi invencion; ya se vé, las demas del oficio, me tenian una tirria...

LEON. Adelante, adelante.

CARL. Allá voy, allá voy.—Mientras yo estaba mas ufana de mis triunfos, hé aqui que un dia, es decir, una noche, me llaman para que vaya á palacio á arreglar á la reina una toca preciosa, que debia llevar á un baile de máscaras, y encuentro á S. M. con un vestido que no habia salido de mi taller! Escena teatral! Me pongo colorada de enojo, retrocedo trágicamente, como pudiera haberlo hecho la pri-

mera actriz del mundo, y pronuncio con dignidad estas palabras: «Señora, no conteis ya conmigo; la monarquía se compondrá como pueda sin Carlota Clapier.» Y en seguida volví la espalda magestuosamente! Te lo aseguro, en aquel momento estuve admirable, magnífica, sublime!

LEON. Pero todo eso no me explica...

CARL. Reñida con la reina de Francia, no me convenia ya vestir á consejeras, presidentas ó bailarinas. Quitá allá!... Entonces resolví emigrar de mi ingrata patria. A dónde iré, á dónde no iré? A Inglaterra?—Tengo horror al beefsteck.—Es verdad que allí pagan muy bien; mas en fin, no quiero nada con gente que no se rie nunca.—¿A Rusia, á la Corte de Catalina II, que nos hacia proposiciones á M. de Voltaire y á mí?—Temia morirme de frio.—Entonces me acordé de la Alemania, pais bello y poético, donde me aseguraron que habia muy buenas naranjas.—Ya sabes que mi fuerte son las naranjas.—Y ademas, me dijeron, que la Gran Duquesa de Baden, delira por las modas francesas.—Pensado, y hecho: arribo aqui... pero lo que menos creia yo, era encontrarme con mi tenientillo de Picardía, ni... (Como antes.) Caramba! Por qué habré yo querido tanto á este bribon?—Y dime: ¿qué pito tocas tú en palacio? Eres General, ayuda de Cámara, ó qué? Todo me es indiferente; lo mismo me dá uno que otro. Yo te amo siempre, yo te amo mas que nunca, y...

LEON. Por Dios, Carlota!...

CARL. Cómo! La quieres echar de orgulloso?

LEON. No, no... yo tambien te amo mas que nunca... pero vete!

CARL. Vaya una ocurrencia! Es este el modo que se tiene de querer en Alemania? Vamos, vamos, esplicame qué significa...

LEON. Yo te lo diré... despues... y tú comprenderás el motivo de mi turbacion. (Vivamente.) Por eso no te estimo menos. Yo te ayudaré en tus pretensiones...

CARL. De veras? Hablarás á la Gran Duquesa?

LEON. Sí... sí... Y mira, ves á poner un memorial para la primera dama de honor.

CARL. Voy á escribirlo.

LEON. Eso es... en tu alojamiento.

CARL. No por cierto... aqui.

LEON. (Vivamente.) No, no! (Vá á abrir la puerta del fondo.)

CARL. Rehusarás á tu antigua amante papel y plumas? Mira, mira, voy á entrar ahí.

LEON. (Queriendo detenerla.) Carlota!

CARL. En un santiamen despacho. (Entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA VIII.

LEON, luego JUAN, en seguida TANCREDO DE BAMBINELLI.

LEON. Dios mio! Ya está posesionada de mi ca-

sa! No importa; yo hallaré medio de...

JUAN. Afuera está ese caballero italiano, que ha solicitado una entrevista de V. E.

LEON. Bien... hazle entrar; y despues aguardate para llevar un billete que voy á escribir. (Se sienta á la mesa de la derecha, y escribe.) La Condesa me salvará... sí, sí!

TANC. (Con acento italiano.) Mi nombre? Mi nombre? Perche? Il signor Tancredi Bambinelli, caballero de Monaco.—Eccolo!

LEON. (Sentado, y escribiendo.) Sois vos, querido Tancredo?

TANC. Buenos dias, caro mio. Come state? Bene? Tanto mejor.—Yo tampoco lo paso mal. Mil gracias. (Leon escribe siempre sin responderle.) No os incomodeis, yo os lo suplico.

LEON. Vos en Alemania?

TANC. Cual consecuencia de mis destinos vagabundos, carísimo. Soy un verdadero judio errante... menos en lo judio. (Leon siempre sentado, cierra la carta.)

LEON. Tened la bondad de sentaros. (Se levanta.) Pronto, llévala, (A Juan.) y aguarda la contestacion. (Juan se vá, y Leon dá la mano á Tancredo.) Con qué siempre de viaje, eh?

TANC. Y qué diablos quereis que haga? Un francés, vive en Francia; un español en España; un turco en Turquía, porque respiran libremente en su patria, que se estiende, que se alarga como los macarrones. Má un desgraciado habitante del principado de Monaco, se ahoga en su pais; no tiene dónde revolverse, ni puede siquiera crecer. En Monaco todos somos pequeñitos, enanos! Yo soy el mas alto de mis ocho hermanos. (Se levanta.)

LEON. Diablo! Pues como serán los otros!

TANC. Caben detrás de una hoja de peregil.—Asi, signor mio, yo estaba cansado de dar todos los dias la vuelta al reino, que recorria por las mañanas antes de desayunarme, para hacer apetito, cuando una vez me vino la idea de dar la vuelta á Europa, para variar un poquino... En primer lugar era cosa mas larga, y despues mas amena.—Dediquéme á estudiar las mugeres, y naturalmente comencé por la moderna Atenas, de donde nos vienen los bales, la enciclopedia, y las modas... Paris, en fin.—Allí contraje amistad con el mas amable caballero que he conocido desde Monaco hasta...

LEON. Sois muy galante. Y de dónde venís?

TANC. De ese mismo Paris, que ahora odio, que ahora abomino, y en el que no pondré los pies en mi vida.

LEON. Ah, ah! (Riéndose.) Perché?

TANC. Perché? Perché? (Bajando la voz.) Perché me han hecho una burla muy pesada, caro mio.

LEON. Una burla? (Aparte riéndose.) Pues ya debia estar acostumbrado.

TANC. Se han burlado de mí como de un monigote, per Dio Santo!—Ya sabeis que yo per-

tenecia á una cuadrilla de calaveras, de malas cabezas, de la que vos erais gefe, picaron. (*Cantoneándose.*) Hacíamos atrocidades... saqueábamos, seducíamos á las infelices mugeres... Yo solamente para estudiarlas. Ah, ah, ah! (*Poniéndose serio de pronto.*) Pero me pongo furioso, cuando pienso en...

LEON. En la burla?

TANC. Sí. Figuraos una conquista deliciosa que yo habia hecho en las máscaras. Una presencia... ah!... un talle!... oh! un brazo... uh!... En fin de exclamacion en exclamacion, me la llevo á cenar á una fonda, y mi paloma come y bebe...

LEON. Cómo un pájaro?

TANC. Como un soldado francés! Sin embargo de aquel apetito... soldadesco, quiero darla un abrazo... (porque mi sistema es abrazar mucho) y ella me rechaza.—Yo soy muy fuerte... el mas fuerte de mis ocho hermanos... *má* con todo, me tambaleó con el enivion. Reincido, ella reincide tambien, y cai-go sentado sobre un plato muy caliente, que me quema... otra cosa que los dedos... mientras la señorita se escapa por la ventana, tirándome su vestido á la cabeza.

LEON. Su vestido?

TANC. (*Gritando.*) Sí, caro, sí, carísimo! La signorina era un hombre! un hombre!...

LEON. Ah, ah, ah!

TANC. Os reis? Como ella, es decir, como él... como los mozos de la fonda, como todo el mundo, escepto yo... yo que habia podido creer... Oh! qué animale! Sí, sí... *io sono un animale!*

LEON. Pobre Tancredo!

TANC. No pudiendo vengarme de la signorina, esto es, del señor... pegué con uno de mis amigos que me habia hecho caer en el lazo. Me batí con él, y no tuve compasion, le... no, no, y me hirió; lo que hizo reir de nuevo á todo el mundo, escepto siempre yo!

LEON. Y desde entonces detestais á las pobres mugeres de París?

TANC. No, mi rabia las comprende á todas.—Yo aborrezco á las mugeres en general... pero las adoro en particular.

LEON. Y acaso alguna de nuestras lindas alemanas, será la que obligue á salir á Aquiles de su tienda?

TANC. Vuestras alemanas? *Per Bacco!* Todas se cubren el rostro. Carlsruhe parece un gran baile de máscara, y yo no tengo confianza en los bailes de máscara. En primer lugar, me cocieron el... materialmente, me cocieron... ocho dias estuve sin poder sentarme!—Por otra parte, me felicito *in petto* de no ver rostros descubiertos...

LEON. Por qué?

TANC. Ya me conoceis, caro mio; ya sabeis si yo soy inflamable... En verdad, no concibo cómo hay gentes que se enamoren poquito á poco... Yo por el contrario, á primera vista,

desde luego... piff!—Veo una bonita muchacha, morena, rubia, ú otra cualquier cosa... Entonces mis ojos centellean, abro una boca muy grande; retrocedo un paso, dos pasos, tres pasos, lanzando una exclamacion... oh! ó bien ah!... Y es cosa hecha... en el acto quedo enamorado.

LEON. (*Riéndose.*) Hasta ese punto sois?...

ESCENA IX.

DICHOS Y CARLOTA.

CARL. (*Con un papel en la mano.*) Querido amigo, aqui está la peticion que...

TANC. (*Mirándola, abriendo la boca, y retrocediendo un paso.*) Oh!

LEON. (*Riéndose.*) Cómo! Ya estais?...

TANC. Enteramente.

CARL. (*Riéndose á carcajadas.*) Ah, ah, ah!

LEON. Y nunca habiais visto á esta señora?

TANC. Jamás! Ya habeis reparado como... papaplan! (*A Carlota.*) Ah!... signorina!

CARL. Caballero!

TANC. (*Bajo á Leon.*) Pero vamos á cuentas... Es una señorita?

LEON. Bah!

TANC. (*Bajo.*) Me lo asegurais?

LEON. Pues no?...

TANC. Entonces bien podria uno...

LEON. Robarla? Sí!... Eso le agrada mucho... y á mi tambien.

TANC. (*Muy contento.*) De veras? (*Vivamente á Carlota.*) Ah! Señorita! (*Bajo á Leon.*) Mas de seguro es muger?

LEON. Cuando os digo...

TANC. (*A Carlota.*) A vuestros pies teneis á un caballero de Monaco, lleno de dulzura y de...

JUAN. (*Sale muy de prisa, y dice por lo bajo á Leon.*) La señora Condesa.

TANC. (*Volviéndose.*) Eh?

LEON. Perdonadme, querido Tancredo, aguardaba á una persona...

TANC. (*Levantándose.*) Y el primer ministro que me espera tambien! Voy corriendo á su audiencia... Estoy recomendado, y debe presentarme á S. A. Yo habia pensado en vos para eso, *má* vos sois un simple oficial, mientras que el ministro... es el ministro.

CARL. (*A Leon.*) Se vá á enamorar de mí este indígena de Monaco?

LEON. Es muy rico!...

CARL. Y muy bestia.

TANC. Addio! Pronto vuelvo. (*A Carlota.*) Estareis aqui, mia cara? Os pido permiso para enamoraros... Al piacere di rivedervi! (*Encuentra en la puerta á la Condesa, retrocede, saluda y se vá.*)

ESCENA X.

LA CONDESA, LEON, CARLOTA.

COND. Una muger! (*Reconociéndola.*) Cómo! La

desconocida del teatro!

LEON. (*En voz baja.*) Habeis recibido mi carta?

COND. Sí, y por eso vengo.

LEON. Cuán buena sois! (*Presentando á Carlota.*) La señorita Carlota Clapier.— (*A Carlota.*) La señora Condesa de Saldorf.— (*Por lo bajo.*) La que me protege.

CARL. (*Bajo.*) Quién te?... Ah! bueno, bueno! Entiendo. Con que ella ha ido tambien á parar al regimiento de Picardía?

COND. (*Por lo bajo.*) Ah! todo lo adivino: el peligro que os amenaza...

LEON. (*Bajo.*) Ese, ese es! (*La Condesa y Carlota se saludan friamente.*)

COND. Amiga mia...

CARL. Señora... (*Aparte.*) Qué mal vestida está! Qué corte tan antiguo! Vamos, la Alemania se halla aun en la infancia del arte!

LEON. (*Alto.*) Condesa, permitidme que os recomiende muy particularmente á la señorita Carlota Clapier, una de las celebridades de París y de Versalles, á quien tuve el honor de conocer en otro tiempo.

CARL. (*Aparte.*) Oh! El honor!

LEON. (*Bajo á la Condesa.*) Es menester que me liberteis de ella á toda costa.

CARL. (*Escuchando.*) Hablan bajo!

LEON. La señorita Carlota viene á establecerse en la residencia, para obrar una revolucion completa en las modas... (*Bajo.*) y quiero que se marche al momento.

CARL. (*Aparte.*) Qué dirán?

COND. Tendré mucho gusto en servir á vuestra recomendada; y queriendo ser la primera que admire en palacio su habilidad... (*Bajo á Leon.*) No temais nada... (*Alto.*) me la llevo hoy mismo á mi castillo, á algunas leguas de Carlsruhe... (*Bajo á Leon.*) Y esta tarde saldrá de Baden...

CARL. (*Prestando oido siempre.*) Eh? (*Aparte.*) Como cuchichean!

LEON. Os doy mil gracias, querida Condesa.

CARL. (*Aparte.*) Pues yo no.

LEON. (*Bajo.*) Si vuelve á aparecer aqui, lo arriesgo todo. (*La Condesa, viendo á Carlota acercarse, tose, y Leon se calla.*)

CARL. (*Aparte.*) Oh! Aqui hay algo!

LEON. Carlota acepta con reconocimiento...

CARL. Permitidme que...

COND. Con que asi, dentro de media hora...

CONDE. (*Desde afuera.*) Os digo que sí, que está en su cuarto.

LEON. El Conde!

COND. Mi marido! (*Se pone su mascarilla.*)

CARL. Ah! Con qué es su?...

LEON. (*Asustado á Carlota.*) Cuidado! Cuidado!

CARL. (*Poniendose tambien su mascarilla.*) No tengas miedo; con máscara todas las mugeres son iguales.

CONDE. (*Apareciendo en el fondo.*) En nombre de S. A.

ESCENA XI.

DICHOS Y EL CONDE.

LEON. Cómo! Otra vez en su nombre?

CONDE. Vengo á traeros... (*Viendo á las dos mugeres, y dando un salto.*) Dos... ahora son dos al mismo tiempo. (*Las saluda: aparte.*) Decididamente, no era otro vestido... era otra muger.

CARL. (*Aparte.*) Es el gordinflon! No podia menos...

LEON. Pero en fin, señor Conde...

CONDE. Sois un hombre feliz, querido mio!

COND. Ah!

CARL. Ah!

CONDE. (*Aparte.*) Ah! Son las de antes... hablan la misma lengua!

LEON. Cuando os dignareis?

CONDE. A eso voy. Señor de Villarcy; queriendo recompensar S. A. vuestros buenos servicios, me ha encargado de notificaros que os acaba de nombrar Marqués de Santa Aldegonda.

LEON. Será posible?

CARL. (*Aparte.*) Marqués!... (*Bajo á Leon, cogiendole la mano.*) Que sea en hora buena, picaron.

LEON. Chist!

CONDE. Sois el hombre mas afortunado... he, he, he!

COND. Ah!

CARL. Ah!

CONDE. (*Aparte.*) Ah! Si no sabrán decir mas que esto? Acaso estarán aprendiendo á hablar ahora. (*Alto.*) Los ministros se hallan aun con S. A., y yo voy á darle cuenta de mi mision.

LEON. Os ruego que me presenteis á ella; pues estoy impaciente por dar las gracias á nuestra Soberana.

CONDE. Lo cierto es que nos arrinconareis á todos si no se os cortan las alas... (*Aparte.*) Que es de lo que yo me encargo. (*Saludando.*) Señoras... (*Aparte.*) Dentro de cinco minutos...

COND. (*Acercase á Carlota, y le dice á media voz.*) Al instante vendrá á pararse debajo de estas ventanas un carruaje de alquiler, en el cual os esperaré yo. Subid á él...

LEON. (*Que se ha acercado tambien.*) Subirá.

CARL. (*Bajo.*) Por supuesto.

COND. Pues hasta luego. (*Alejase.*)

COND. Siento mucho haberos incomodado, Marqués. (*Bajo.*) Decidme: no temeis que cuando las dos estén solas, medien esplicaciones, y...? Ah, ah, ah!

LEON. Señor Conde!

CARL. No está poco contento el gordo! Si supiese lo que es!

CONDE. Vamos, venis?

LEON. Ya os sigo. (*Hace á la Condesa una seña de inteligencia.*)

CARL. (Que lo ha notado, ap.) Bien te veo, bribon, bien te veo! (Leon se une al Conde: la Condesa llega á la puertecilla secreta, para salir por allí: Carlota se quita la máscara, y el Conde se vuelve atrás, dando un gran grito.)

CONDE. Ah!

COND. (Deteniéndose.) Ah!

CARL. (Volviendo á cubrirse el rostro.) Ah!

LEON. Pero acabaremos? Qué es esto?

CONDE. Nada, nada... (Aparte.) No... mi muger tenia vestido blanco hoy! (Vase: Leon le sigue, y la Condesa se escapa por la puertecilla, mientras que Carlota estaba distraida. Mas volviendo esta de pronto la cabeza, vé cerrarse la puerta, y corre hácia allí.)

ESCENA XII.

CARLOTA, despues TANCREDO.

CARL. Ah! Se larga, y me deja sola! (Quitándose la mascarilla, y sacudiendo la puerta.) Imposible! Está cerrada!—Sí, sí: aqui hay gatuperio. Sin duda el regimiento de Picardía trama alguna idem contra mí. Y cuidado, que yo no me dejaré engañar como ese marido gordo, que tiene todas las trazas de un... pues. Esto me sugiere una reflexion... filosófica: parece que los maridos son los mismos en todas las partes del mundo... como la luna... y que se hallan sometidos á las mismas revoluciones. Pero eso es cosa de ellos: lo que me importa, es no dejarme sopetear por esa alemana, tan raramente vestida. Sí, sí: espérame en tu carruaje de alquiler... para rato tienes... Mas esta puerta maldita... (Sacudiéndola de nuevo.)

TANC. (Entreabriendo la puerta del fondo.) Oh Dio! Si estuviese aun!

CARL. A dónde se irá por aqui?

TANC. Está!

CARL. Quién anda ahí? Hola! El Monaco!

TANC. Y está sola! Estais sola?

CARL. (Aparte.) Si pudiese servirme este embeleco!... (Mirándole, y hablando bastante alto para ser oída.) No tiene traza de ser muy avisado.

TANC. Yo? Pues si soy el mejor de mis ocho hermanitos.

CARL. (Riéndose.) Ah, ah, ah! De veras?

TANC. (Lo mismo.) Ah, ah, ah! De veras!

(Aparte.) Se rie! Tanto mejor! Adelante con mi sistema de echarla por la tremenda. (Alto.) Señora... ó signorina... A vuestros pies teneis un caballero de Monaco, modelo de dulzura y de...

CARL. Otra vez! Mirad que os repetis, caro mio.

TANC. Lo que voy á añadir, quizás os parecerá absurdo... pero asi soy yo.

CARL. Cómo decis?

TANC. Sí. Yo á primera vista, desde el primer momento... piff!... me inflamo, me enamoro.

CARL. Bien hecho; asi no perdeis tiempo.

TANC. Quiero decir que al miraros... piff!... (Abrazándola.)

CARL. (Rechazándole.) Vaya!

TANC. (Vacilando y mirando hácia atrás.) Dio Santo! Si habrá alguna cosa caliente por aqui?

CARL. Y os atreveis en casa de un amigo?..

TANC. Toma! Yo le pregunté á Leon si le interesábais...

CARL. Y qué os ha respondido?

TANC. Si, podeis llevárosla, y me hareis un favor.

CARL. (Furiosa.) Eso dijo? (Aparte.) Malvado! Y yo que le amo... como ya no es moda amar!... El agradecimiento no es mas que una palabra vana. (Alto.) Escuchad, Monaco.

TANC. Tancredo de Babinelli, si gustais...

CARL. (Gritando.) Escuchad, os digo, Monaco. Razones... enormes, me impiden acojer abiertamente vuestro amor. Esto consiste en una multitud de misterios que no quiero revelar. Podeis interrogarme.—Pues bien, yo no os responderé.

TANC. Eso es claro. Continúad.

CARL. Suponed, si gustais, que yo pertenezco á una familia ilustre...

TANC. (Con alegría.) Ah!

CARL. Hareis una estúpida suposicion. Pero yo no os impido que deis una campanada, que armeis un escándalo, Monaco!

TANC. Tancredo de Bambi...

CARL. Monaco!... Teneis valor?

TANC. Si otro me lo preguntára, vive Dios que le matára!

CARL. Entonces, seguid el consejo de vuestro amigo. (Aparte.) Mónstruo! (Alto.) Robadme.

TANC. Os robaré!

CARL. Dentro de un momento vereis un carruaje debajo de estas ventanas; una muger os esperará en él...

TANC. Una muger?

CARL. Seré yo. Subid á él. Decid al cochero que parta á galope, todo derecho, y...

TANC. Oh! Delicia!

LEON. (Dentro.) Seguidme al momento.

CARL. Es Leon!

TANC. Presto, cara mia!

CARL. Venid conmigo! Tomad esto. (Le señala su velo que dejó sobre un sillón.)

TANC. Ah! Si! (Coje el velo, y lo besa con transporte: durante este tiempo, Carlota haciendo que se marcha, se esconde detrás de una cortina.)

LEON. (Sabiendo.) No dejeis entrar á nadie. (Viendo á Tancredo.) Cómo! Aun aqui?

TANC. Silencio, amico mio... Un asunto muy urgente... La sigo, la robo... eh, eh, eh!...

Chit!!... (Vase.)

LEON. De veras? Pues me alegro.

CARL. (Aparte.) Gracias, buena alhaja.

ESCENA XIII.

CARLOTA *oculta*, LEON, JUAN.

LEON. Perfectamente! Si escapa de la Condesa, Tancredo me libertará de ella. A fé que no nos dá poco que hacer.

CARL. (*Aparte.*) Mátese nadie por los hombres! Qué tal! (*Desaparece, viendo entrar á Juan, que con ayuda de otro criado, trae una mesa elegantemente servida.*)

LEON. Ahora bien puede venir Maria á nuestra cita. Dos cubiertos... un almuerzo misterioso!.. No hay cosa mas magnífica! (*A Juan.*) Cierra todas las puertas, y no dejes de estar en acecho ni un minuto. Está abajo el coche? (*Se le oye echar á andar.*)

JUAN. En este momento marcha, señor. (*Vase.*)

LEON. Bravo! Se la llevan... se llevan á Carlota!..... (*Corre el cerrojo de la puerta del fondo, y pónese á escuchar junto á la puertecilla secreta: mientras tanto Carlota sale, se sienta á la mesa, y se echa vino en un vaso.*)

CARL. (*Alto.*) A la salud del regimiento de Picardía!

LEON. (*Volviendo la cabeza con espanto.*) Gran Dios! Todavía estás aquí?

CARL. Gran Dios! todavía estoy aquí! A la mesa, á la mesa, marqués.

LEON. (*Mirando á la puertecilla.*) Soy perdido!

CARL. Qué atención! Dos cubiertos! Lo mismo que en París. Contabas conmigo, eh? (*Aparte.*) Rabia? Tanto mejor; así me divierto. (*Alto.*) A la mesa, Marqués. (*Le tira una servilleta á la cara.*) A tu salud! (*Bebe.*)

LEON. (*Aparte.*) Me parece que oigo... (*Escuchando.*)

CARL. (*Después de haber bebido.*) Es excelente tu vino... parece que tiene azúcar. Es lo mejor que he encontrado en este país. Cómo se llama?

LEON. Carlota, querida amiga mia, vete!

CARL. Pues qué, esperamos todavía á alguien?

LEON. Una vez que es forzoso confesártelo... sí!

CARL. (*Levantándose.*) Alguna muger?

LEON. Quizás!

CARL. Bueno! Así seremos dos! Cómo vamos á reirnos! Yo le contaré las aventuras del regimiento de Picardía.

LEON. Oh! Callate! Ni una palabra de lo pasado!

CARL. (*Enterneciéndose poco á poco.*) Porque lo olvidaste todo, ingrato! Cuando yo me consideraba feliz por haberte encontrado, cuando yo he corrido á tí para recordarte nuestros venturosos días, y pedirte una sonrisa en premio de mi amor antiguo, tú me cierras tu corazón; me recibes con la vanidad de un necio, con el orgullo de un marqués de contrabando; y para desembarazarte de mí, quieres entregarme á un imbécil de Monaco, á quien dices: «Lléváosla; no me interesa nada!» (*Se enjuga las lágrimas.*)

LEON. Te aseguro...

CARL. Eso es infame! (*Colérica.*) Pues bien, no, no me iré! Me quedo aquí... Estoy en tu casa, ó lo que es lo mismo, en la mia. (*Se sienta.*)

LEON. Y si yo esperase á una señora... á una gran señora?...

CARL. Me es igual.

LEON. Si peligrase tu libertad, la mia?..

CARL. (*Levantándose.*) No te chancees... no digas esas cosas... Tu Condesa sería capaz?...

LEON. La Condesa! Si no se trata de ella!

CARL. Toma, toma! Con qué hay otra cosa?

LEON. Si te sorprenden aquí, serás encerrada por el resto de tus días en S. Benito.

CARL. Y qué es eso de S. Benito?

LEON. La cárcel de Calsruhe!

CARL. Por qué no me lo has dicho antes? Pero yo quiero saberlo todo.

LEON. Pues bien, ya que lo exiges, mi suerte está en tus manos. Sábelo... Silencio! Pasos precipitados... Dios mio! Dónde te esconderé? (*Vá á abrir la puerta del fondo.*)

CARL. (*Espantada y corriendo hácia todas partes.*) Ay, ay, ay! Ya no me rio con tu S. Benito ó tu demonio... Oh!... (*Se lanza al cuarto de la izquierda: ábrese al mismo tiempo la puertecilla secreta, y aparece la Gran Duquesa.*)

ESCENA XIV.

LEON, MARIA.

(*Maria sale en la mayor agitacion, y mirando en torno suyo.*)

MARIA. Amigo mio... (*Reprimiéndose.*) ¿Qué hacéis en esa puerta?

LEON. (*Muy turbado.*) Iba... iba á correr este cerrojo.

MARIA. Ah! Y por qué me lo decís con tanta turbacion, con voz tan conmovida?

LEON. Conmovida? No tal; yo te lo juro. (*Aparte, mirando á la puerta de la izquierda.*) Cuando pienso que está ahí...

MARIA. Escucha, Leon.—Sin duda es una nueva locura, de la que te pediré perdon mas tarde...

LEON. Qué estás diciendo?

MARIA. Pero no puedo vencerme, no puedo disimular. Es menester que te revele mis dudas y mis sospechas, pues sino me moriria!

LEON. En verdad, Maria, que no te comprendo.

MARIA. No? Me han engañado, no es cierto? Es muy posible! Mas en fin, habla, porque te acusan...

LEON. A mí?

MARIA. Y es preciso que te justifiques... por tí, por mí... Sí, es preciso!

LEON. Justificarme? Y de qué?

MARIA. (*No pudiendo contenerse mas.*) De una acusacion infame; de una traicion que tu muerte no espiaria bastante; de un crimen, de un... (*Con transporte.*) Dime que es falso;

dime que ha mentido ese conde de Saldorf!

LEON. El Conde!

MARIA. (*Vivamente.*) Te has puesto pálido!

LEON. (*En tono desdeñoso.*) Y dando fé á semejante hombre...

MARIA. Bien sé lo que vás á decirme; sé que te tiene envidia, que te considera como un rival á mi favor; sé, por último, que él se gozaria en perderte... Pero al decir eso, ¿conocia el lazo secreto que nos une? ¿Creia encender los celos en el corazon de su Soberana, hablando de los amores de un oficial de guardias; refiriendo que habia encontrado aqui, en tu cuarto... (*Movimiento de Leon.*) Ha dicho la verdad? Ha mentido? Eso, eso es lo que quiero saber... eso lo que sabré!

LEON. (*Mirando hácia la puerta de la izquierda.*) Y no hay otra salida!

MARIA. (*Que ha sorprendido su mirada.*) Señor de Villarcy, abrid esa puerta!

LEON. (*Aparte.*) Cielos! (*Maria dá un paso.*) Yo la abriré, sí, Maria; si, señora.—Mas una sola palabra. Esas sospechas me han herido aqui!.. Qué, ¿si encontraseis una muger en mi cuarto?...

MARIA. Una muger! En tu cuarto!

LEON. Su presencia hablaria mas alto que todos mis juramentos y mis protestas?

MARIA. (*Con firmeza.*) Sí!

LEON. (*Acercándose.*) ¿Y creerias, Maria, que el hombre que te ama, y que posee tu amor, ha podido olvidarlo todo en un instante?

MARIA. Sí.

LEON. (*Levantando la voz, y dirigiéndose hácia la puerta de la izquierda.*) Creeriais, Señora, que un oficial, un soldado, á quien vuestra régia mano se ha dignado elevar hasta sí, á quien la Gran Duquesa de Baden ha llamado su esposo, hubiera sido capaz de faltar cobardemente á su fé de caballero?

MARIA. Por última vez os lo repito: abrid esa puerta!

LEON. (*Confundido.*) Lo manda V. A.? Yo esperaba... (*Movimiento de Maria.*) Obedezco! (*Aparte.*) Adios mis esperanzas de felicidad! (*Se acerca lentamente á la puerta; Maria parece agitada por un combate interior. En el momento en que Leon vá á tocar la llave, se lanza hácia el, y le detiene.*)

MARIA. (*Con efusion.*) No, no! Ya no quiero! Si me han engañado, si no eres culpable, es una infamia lo que estoy haciendo. No, no abras... te creo... (*Tendiéndole la mano.*)

LEON. Ah! Maria! En pago de tamaña confianza, mi vida entera no bastará... (*Abrese la puerta del fondo, y aparece el Conde en el mayor desórden: Maria se vuelve á poner su mascarilla.*)

ESCENA XV.

MARIA, LEON, EL CONDE.

CONDE. (*Furioso.*) Mi muger, señor mio, vol-

vedme mi muger que me habeis robado!

LEON. Infeliz!

MARIA. Qué oigo?

CONDE. (*Viéndola.*) Ah! Es ella! (*Se lanza hácia Maria para arrancarla la mascarilla: la Gran Duquesa vuelve la cabeza, y se la quita ella misma.*) S. A!!

MARIA. Qué hay, señor Conde? Qué ocurre? Explicaos!

CONDE. (*Temblando.*) Señora! (*Aparte.*) S. A! Oh!

MARIA. Hablad!

LEON. Ignoro...

MARIA. (*Con impaciencia.*) Pero hablad, hablad!

CONDE. Perdonadme, yo no sabia... (*Aparte.*) S. A.! Con qué entonces es ella? (*Alto.*) Voy á deciros lo que hay, Señora. Han visto en un carruage de alquiler... y yo creia que la Condesa... que mi muger...

MARIA. La Condesa oculta aqui? (*Movimiento de Leon.*) Señor Conde, os mando que penetreis en esa habitacion.

LEON. (*Poniéndose delante de la puerta.*) Deteneos! Piense bien V. A. que...

ESCENA XVI.

DICHOS Y CARLOTA.

Abrese la puerta, y aparece Carlota con uniforme de page. Movimiento general.

CAR. Señor de Villarcy, estoy á vuestras órdenes. (*Haciendo que vé entonces á la gran Duquesa.*) Ah! Señora, perdonadme... (*Ap.*) Es una verdadera comedia de magia!

LEON. (*Que se ha quedado inmóvil, ap.*) Carlota!

MAR. Un hombre! (*Ap.*)

CONDE. (*Ap.*) Qué quiere decir esto?

CAR. Me habiais dicho que os aguardase, pero esos gritos, ese rumor... Dios mio! Qué sucede? Este caballero está muy pálido!..

CONDE. Yo? No!.. Si!

MAR. (*Tremula de emocion.*) Caballero, ¿quién sois?

CAR. (*Respetuosamente.*) Un joven á quien el Sr. de Villarcy se digna proteger, y al que ha prometido su admision en...

LEON. (*Vivamente.*) En la nueva compañía de pages-oficiales. Permitame V. A...

CAR. (*Aparentando sorpresa.*) Ah! S. A.! (*Se inclina.*) Yo no sabia...

LEON. (*Continuando.*) Que le presente al caballero Rodolfo de Harsberg...

MAR. El sobrino del general?

CONDE. Ese calaveron que viene de Austria?

LEON. (*Continuando.*) Y este uniforme es el que yo no queria viese V. A. hasta tanto que le vistieran todos sus pages; mas es preciso renunciar á mis proyectos de sorpresa. (*Bajo, acercándose á Maria.*) ¿Comprendes ahora, Maria, porque titubeaba en abrir esa puerta?

Ah! yo esperaba que tendrias mas confianza...

MAR. (*bajo.*) Perdóname, perdóname! Estaba loca! (*Se estrechan furtivamente la mano.*)

CAR. (*Apretando la otra de Leon.*) Te he salvado!

MAR. Sr. Conde, el caballero Rodolfo compone desde hoy parte de mi servidumbre, y estará á mis inmediatas órdenes.

CAR. (*Ap.*) Qué está diciendo? (*alto.*) Señora... estoy muy honrado... ciertamente...

LEON. (*Bajo.*) Cállate!

CAR. (*Bajo.*) Ya, pero... yo... (*alto.*) Mejor hubiera querido... volver á mi pais, á Fra...

LEON. (*Vivamente.*) Al Austria, de donde venis ahora?

CAR. Sí, al Austria.

MAR. Os quedareis sin embargo aqui, porque se lo he prometido á vuestro tio.

CAR. Pero...

MAR. Yo lo mando! (*Bajo al Conde.*) En cuanto á vos, en mi vida os perdonaré!

CONDE. Señora... (*Mientras procura justificarse, Leon habla á media voz á Carlota.*)

LEON. Ahora eres un hombre; ya no puedes ser mas que un hombre siempre!

CAR. Cómo, cómo es eso?

LEON. O yo soy perdido... y tú tambien!

CAR. Ah! (*Maria echa á andar y hace un saludo afectuoso á Leon: Carlota quiere hablarla, mas este la detiene y la impone silencio.*)



ACTO SEGUNDO.

Un salon de las habitaciones de la Duquesa. Tres puertas en el fondo que van á dar á una galeria. A la derecha el gabinete particular de S. A. Puerta á la izquierda. Al mismo lado y en el segundo bastidor, una ventana.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, LEON, CARLOTA *de hombre*, el CONDE DE SALDORF, *la* CONDESA, OFICIALES y DAMAS DE HONOR.

Al levantarse el telon se ve en la galeria del fondo á dos oficiales que se pasean con espada en mano. Detiense y presentan las armas. Por la derecha aparecen varias señoras entre las cuales está la Condesa, que preceden á algunos oficiales de guardias mandados por Leon. Detrás de ellos sale el Conde con el misal de la Duquesa: despues esta seguida de Carlota, y de otros oficiales jóvenes y pajes.

MAR. Nuestro nuevo predicador, Fr. Esteban, nos ha dirigido hoy un sermon sumamente edificante. Jamás se ha hablado con mas uncion de nuestros deberes... porque alli ha habido para todos... (*Dirijiendo una mirada á*

Leon.) hasta para los maridos. (*Volviendose sonriendo hacia el Conde que está absorto.*) Y no se si las palabras del reverendo padre son las que han oscurecido de ese modo el semblante del señor Conde de Saldorf.

COND. (*Saliendo de su distraccion.*) Quién? Yo? Cómo? Me pide V. A. su libro de misa? (*Ap.*) Dónde habrá estado?

MAR. Ah! ah! ah! (*Continua hablando bajo con el conde.*) Asi me gusta, que seais prudente... pero celoso!... Nada de eso! Vamos, sonreios con esa pobre Condesa...

CON. Permitidme, señora, que... (*resistiéndose.*)

MAR. Yo lo mando.

CON. Ah! (*Mira á la condesa sonriéndose.*) Eh! eh! eh! (*Vuelve á quedarse serio.*)

CAR. (*Ap.*) Pobre gordinflon! No puede decir la desaparicion de su mujer!

MAR. Ah! Sois vos, Rodolfo!

CAR. (*La saluda y despues dice ap.*) Rodolfo en lugar de Carlota Clapier!... Maldito pais!

MAR. Tambien á vos os tocaba algo del sermon!

CAR. Es muy posible, señora; aunque yo no lo escuchaba... es decir, que no lo oia bien. (*Leon tose.*)

MAR. Tanto peor, pues asi hubierais sabido que es menester ser fiel á su soberana, y no desertar de su servicio... como habeis hecho ayer; porque os fugabais para no volver nunca quizás.

CAR. Es que yo quisiera regresar á Fran...

LEON. (*Vivamente.*) Al Austria, que le gusta tanto.

CAR. Eso es, al Austria que me gusta tanto.

MAR. Os detuvieron á tiempo, y yo doy gracias al Sr. Conde...—Sabed que se os vijila, y que tengo empeño en que os quedeis. Además, vuestro tio el general viene á Baden... (*Movimiento de espanto en Carlota, que contiene Leon.*) Por mas señas que se queja mucho de vuestra conducta... de ciertos desórdenes... que yo debo ignorar... Parece que os escapais con frecuencia de palacio, y luego aquella joven engañada por vos...

CAR. Una joven? (*Leon tose. Ap.*) Pues la doy la enhorabuena!

CON. Sin duda por eso no se puede penetrar nunca de noche en el cuarto del caballero Rodolfo!

MAR. (*Con severidad.*) Sr. Conde! Por otra parte, (*á Carlota.*) yo he hecho promesas á vuestro tio, que espero cumplir; y por de pronto os encontrará de Alferez.

TODOS. Alferez! (*Leon tose.*)

CAR. (*Inclinándose.*) Señora... (*Ap.*) Bueno! No habiendo guerra, no será tan malo.

CON. Alferez á un chiquillo; á un calaverilla que es capaz de... (*ap.—La Duquesa se ha alejado y dirige la palabra á la Condesa señalando á Leon.*)

UN OFIC. Os doy la enhorabuena, querido. (*Dando un fuerte golpe en el hombro de Carlota.*)

CAR. Gracias, amigo, gracias. (*Haciendo un ges-*

to.) No hay de que. (*Ap.*)
 OFIC. 2.º Bravo, mi alférez, bravo! (*Sacudiendo fuertemente una mano de Carlota.*)
 CAR. Ay! ay! (*Retirando la mano, ap.*) Este maldito me rompe las articulaciones.
 OFIC. 1.º Acaso no estais contento? (*Bruscamente.*)
 CAR. Si, si, contentísimo. (*Ap.*) No hay mas remedio que estarlo siempre con este prójimo. Es un espadachin terrible que mata cuatro hombres mensualmente... y yo soy por ahora... hombre..!
 LEON. Animo, ánimo! (*Bajo á Carlota riendose.*)
 CAR. Cáspita! mucho se necesita para ser alférez en este pais! (*Sacudiendo los dedos, y señalando á sus hombros.*)
 MAR. Sr. Conde... (*El conde se aproxima á la Duquesa, mientras su muger habla bajo con Leon.*)
 CONDES. La Duquesa os aguarda dentro de una hora en el pabellon de Isabel, adonde va á ir á caballo, seguida de un solo oficial.
 COND. Perdonad... mi esposa... (*Viéndolos.*)
 MAR. Yo os lo mando, silencio. (*Deteniendole.— Durante estas palabras, un tercer oficial se ha acercado á Carlota ciñendole el talle con los brazos.*)
 CAR. Ah! (*Dando un grito.*)
 MAR. Qué es eso? (*Leon tose.*)
 CAR. Nada, señora, nada. (*Ap.*) El bribon me hacia cosquillas!
 MAR. Condesa, para hoy me han anunciado noticias y modas de Francia... con que ved si...
 CAR. Modas de..? (*Leon tose.*)
 MAR. Sr. Alférez, vos me acompañareis en mi paseo á caballo.
 CAR. A caballo? Pues si yo no... (*Leon tose: Carlota se inclina.*)
 MAR. Toseis mucho, Leon, estais resfriado? (*Bajo á Leon, dirijiendose hácia su gabinete.*)
 LEON. Un poco... esto es, muchísimo, señora.
 CON. Qué hay, caballero Rodolfo? (*Vuelve la cabeza y viendo á Carlota hablar bajo con su muger, va á colocarse entre los dos: Carlota le mira riendose.*)
 MAR. Señores, os saludo. (*Desde la puerta: vase seguida de sus damas; los caballeros se retiran al fondo, y Leon queda solo con Carlota.*)

ESCENA II.

CARLOTA. LEON.

CAR. Vamos á cuentas; durará esto mucho todavía? (*Mirándole y cruzando los brazos.*)
 LEON. Chit! Pero de qué diablos te quejas? No eres ya alférez? (*Alegremente.*)
 CAR. Si; el alférez Carlota; lo que será muy bonito, no digo lo contrario.
 LEON. Y quién sabe si llegarás á general dentro de algunos años?
 CAR. Dentro de algunos años? Mira, yo te he salvado, de lo que no me arrepiento, porque

soy una buena chica... quiero decir, (*Movimiento de Leon.*) un buen chico; pero Marqués mio, ya hace ocho dias que esto dura, y es muy bastante, es demasiado. Me ahogo dentro de este condenado uniforme, que me aprieta el cuello y el estómago, y es menester que yo salga de él, porque quiero salir, y saldré!
 LEON. Desgraciada! (*Imponiendola silencio.*)
 CAR. Sí, desgraciada, y mucho! Dios de Israel! Haber una pasado su juventud en confeccionar trages para los demas, y acabar por hallarse dentro de una funda como esta!
 LEON. Y qué piensas hacer?
 CAR. Volverme á mi casa y á mi ropa. Si, mi ropa, yo pido mi ropa, ó la muerte!
 LEON. Quieres callarte? No ves que si la Duquesa descubre que la he engañado, que he detenido junto á ella, y con ese trage, á una...?
 CAR. Toma! Me dirá que me ponga otro.
 LEON. Pierdo su amor, su confianza, mi porvenir! Y tú, arrojada en un calabozo...
 CAR. De veras? Pues entonces prefiero largarme.
 LEON. Imposible! Ya lo has oido, te vijilan. S. A. quiere que permanezcas á su lado, y es capaz de hacer que te persigan y te prendan.
 CAR. Conque segun eso, estoy condenada á perpetuidad?
 LEON. Ya veremos mas adelante. ¿No vale cien veces mas ser hombre, libre, independiente, que muger débil, siempre espuesta, siempre tímida? Qué es lo que te falta? Tienes favor con la Duquesa....
 CAR. Y no estás celoso de ello? Confianza que me honra, y de que no abusaré, palabra de honor!
 LEON. Te hallas rodeada de amigos, de compañeros jóvenes...
 CAR. Sí, sí, si supieras quiénes son esos maldicidos con quienes como todos los dias, y que no tienen reparo en hablar delante de mi de cosas... pero de qué cosas! No digo que no sean divertidas.--Ademas me piden mi opinion acerca de ellas, sin contar cuando me cojen por el cuello, por el talle, como el mequetrefe que me hizo chillar poco ha; porque yo soy muy cosquillosa. No es esto todo; antes de ayer, en aquella granja donde toda la servidumbre de S. A. pasó la noche, habia un picaruelo empeñado en que habiamos de dormir en un mismo cuarto. Otras veces, mis caros compañeros, se obstinan en emborracharme con Champagne...
 LEON. Cómo? Pues debes siempre evitar...
 CAR. Quién, yo? Yo francesa he de despreciar á un compatriota á quien encuentro en el extranjero? Nada de eso, bebo, y como si tal cosa. Si hubiera sido vino aleman...
 LEON. Habria sucedido otro tanto.
 CAR. (*Enfureciendose.*) Qué dices? (*Reflexionando*) Es muy posible.
 LEON. Ya ves como te acostumbras á todo.
 CAR. No veo tal. Por ejemplo, no puedo acostumbrarme á ese Juan que me diste por criado;

pues á pesar de sus años, que no son pocos, me dirige unas miradas... Debias haberme buscado un ciego.

LEON. Pero, y tu camarera?

CAR. Mil veces peor. Viene á mi cuarto de oculto; me encierro con ella, y luego dicen que tengo una querida.

LEON. Ya lo creo, como que vas alcanzando una reputacion de libertino...

CAR. Lo que debo á mi nombre, Rodolfo de Harsberg.

LEON. El sobrino del general, el verdadero Rodolfo, el mala cabeza, se obstina en no salir de Baden. Yo le tengo alejado de la Corte, acallándole con oro; y Dios sabe el que necesita para enmudecer.

CAR. Sí, y entre tanto escandaliza á todo el mundo con sus fechorias; de las cuales soy yo responsable. Y esto, te parece divertido también?

LEON. Bah! A tu edad...

CAR. A mi edad, á mi edad!! El siquiera se divierte; para él son los bollos, y para mi los coscorriones: de modo que de buena gana cambiaria de papel.

LEON. Lo peor es la venida de su tío. Será preciso que yo le gane, aunque si es un militar brusco, intratable...

CAR. Y yo que tendré que arrojarme á sus brazos! Qué recibimiento me hará?

LEON. De todos temo, hasta de mi amigo Tancredo, al que no he dejado entrar en palacio desde su aventura...

CAR. A quién, á Monaco?

LEON. Es el mas peligroso, porque es el único que puede reconocerte.

CAR. Ahora que me acuerdo, estaba enamorado de mi, y quizás me haces perder un marido.

LEON. Un marido!

CAR. Por qué no? Es noble, es rico, es tonto...

LEON. Y te conviene?

CAR. Me conviene por cada uno de esos tres motivos.

LEON. Entonces, porque hiciste que se llevase á la Condesa?

CAR. (*Indignada.*) Por qué, monstruo? Y dime, (*cambiando de tono.*) Marqués, qué es lo que pasó?

LEON. (*riéndose.*) Yo no sé...

CAR. (*riéndose.*) Y el conde tampoco sabe nada?

OFICIAL. (*apareciendo en el fondo.*) S. A. va á salir, alfez.

CAR. (*mirando en derredor suyo.*) Alfez? Ah! soy yo! No me acordaba!

LEON. A caballo!

CAR. A caballo! Otra diversion! Por fortuna he aprendido á galopar bastante bien. Hasta la noche me aguantaré; pero ni un dia, ni un minuto mas. A Dios, Marqués. (*En el momento de salir se encuentra de frente con Tancredo, que da un grito.*)

CAR. (*huye.*) Ah!

LEON. Cielos!

ESCENA III.

LEON. TANCREDO.

Tancredo estupefacto é inmóvil, se vuelve lentamente hacia Leon, á quien mira con la boca abierta.

LEON. Vos aquí? Qué quereis? (*acercándose á él con enfado.*)

TAN. Pero es ella?

LEON. Quién es ella?

TAN. El!

LEON. Quién es él?

TAN. Ese señor; esa señora!

LEON. Ah! ah! ah! Decis que es una señora el caballero Rodolfo de Harsberg, oficial de la Duquesa? Ah! ah! ah!

TAN. (*riéndose también.*) Ah! ah! ah! Conque me he equivocado? Rodolfo de Harsberg? Pues si ceno esta noche en su compañía!

LEON. (*ap.*) Dios mio! Con el otro!

TAN. Es que en todas partes veo á mi encantadora desconocida; á pié, á caballo, de muger, de hombre... Acabaré por verla hasta en mi espejo, y por creer que yo mismo soy ella.

LEON. Eso es lo mejor que podeis hacer; porque querido Tancredo, vuestra desconocida está lejos de aquí.

TAN. *Sangüe di Dio!* ¿Qué me decis?

LEON. Ha marchado á Italia... á Monaco.

TAN. A Monaco? *Perche?*

LEON. Tal vez por amor á los naturales de aquel pais.

TAN. *E vero?* Yo soy un... natural de Monaco, y me vuelvo allá.

LEON. (*Vivamente.*) Y hareis muy bien. Es decir, si estais enamorado. (*Tancredo le mira.*)

TAN. Estoy loco, loquito, mio caro, loco de atar... esta es la frase. He aquí el efecto de una simpatia contrariada!

LEON. (*riéndose.*) Pero yo creia que la dama á quien robasteis...

TAN. *Sicuro*, que es muy amable, *ma...*

LEON. (*riéndose*) Reserva conmigo? Y el pobre Conde de Saldorf, el esposo...

TAN. (*apretándole la mano.*) Ah! tiene un?... Pedidle mil perdones... porque su muger me dió un soberano bofetón, cuando quise... propasarme... Ya sabeis, es mi sistema, yo me propaso siempre... Y la otra (*vivamente.*) la que se me escapó, la que veo por todas partes!.. Y es admirable como ese joven oficial...

LEON. Id á buscarla á Monaco. Partid!

TAN. (*yéndose.*) Ahora mismo!

ESCENA IV.

DICHOS, LA CONDESA, EL CONDE.

COND. (*sin ver á Tancredo.*) Bien, señoras; dejadlo sobre esa mesa. (*A algunas damas que*

salen con canastillos.)

LEON. ¿Qué hay? (*Acercándose á ella.*)
COND. Algunos objetos de moda que acaban de llegar de París para S. A. ¿Pero no sabeis? El jóven Rodolfo!.. (*Tancredo se aproxima para verla, ella se vuelve.*) Cielos!

TANC. ¡Ah! Ya sé que tiene pesada (*Retirándose.*) la mano! Aun debo conservar la señal en el rostro!

COND. Otra vez este hombre! (*Ap. Se saludan sin parecer reconocerse.*)

LEON. (*Presentándole*) El Baron Tancredo de Babinelli.

TAN. Señora.....

COND. No tengo el honor de conocerle.

TAN. Ni yo.—Pero mi cara si. (*Ap.*)

CONDE. ¡Ah! (*Sale corriendo.*)

LEON. El señor Conde de Saldorf. (*Señalándosele á Tancredo.*)

TAN. ¡Oh!

COND. Dios mio, ¿que teneis?

CONDE. Que tengo? Ignorais?..

TANC. Sr. Conde, celebros mucho.... y os pido mil perdones. (*Tomándole la mano.*)

CONDE. ¿De qué?

TAN. De qué? Es verdad!

LEON. Pero en fin, Sr. Conde, ¿qué sucede? (*Vivamente.*)

CONDE. Sucede que acabamos de tener una alarma. La Duquesa..... (*Mirando á Tancredo.*) ¿Por qué me pedirá perdon?

COND. ¡Acabad!

LEON. ¡Acabad!

CONDE. Ha corrido un gran peligro.

LEON. Cielos! Maria! (*Haciendo un movimiento para marcharse.*)

COND. Cuidado! Esa emocion! ¿Vais á venderos! (*Deteniéndole y en voz baja.*)

CONDE. Me habeis pedido perdones..... ¿Y de que?

LEON. No, yo quiero saber que peligro.....

COND. ¡S. A!

ESCENA V.

DICHOS; CARLOTA, despues MARIA.

CAR. Tranquilizaos: no corre ya ningun riesgo.

LEON. ¿Es verdad?

TAN. ¡Ah! ¿Che veggio? (*viéndola.*)

CAR. ¿Qué hay?

COND. Marchaos, ¡marchaos pronto! (*Vivamente á Tancredo.*) La Duquesa se acerca.

CAR. Viene siguiéndome. (*Turbada.*)

TAN. Permitid, caballero, es decir señorita..... ¿es que..... es que.....?

CAR. No os conozco.

LEON. Estais en la habitacion de S. A.: salid pronto. (*A Tancredo.*)

TAN. Sí; sí; ma.....

UN OFICIAL. S. A.

COND. Salid. (*Haciendo marchar á Tancredo.*)

CONDE. ¡Ese hombre está loco! (*Leon corre há-*

cia Maria que aparece ahora.)

ESCENA VI.

MARIA, LEON, CARLOTA, LA CONDESA, EL CONDE, CORTESANOS Y PAJES.

MAR. (*Al salir á los que la rodean.*) No ha sido nada, señores; no ha sido mas que miedo.

LEON. ¡Ah señora!

MAR. Tranquilizaos, Marqués. Pero confieso que mi alteza ha tenido una pavura horrorosa.

LEON. ¡Dios mio! ¿Y de qué? (*Muy conmovido.*)

MAR. De nada, os lo repito. (*Sentándose.*) Sosiegate. (*Bajo tendiéndole la mano.*)

COND. ¿Qué ha pasado?

MAR. Interrogad á mi joven salvador, que acaba de ganar valerosamente su charretera.

CAR. Sí, ¡bien ganada está la maldita! (*Ap.*)

CONDE. El? Habrá tontuelo? (*id.*)

COND. ¿Ella? (*id.*)

LEON. ¡Carlota! (*Ap.*)

MAR. (*á Carlota.*) Hablad! Justo es que os vanaglorieis de vuestra hazaña.

CAR. Decid mas bien, señora, que os pida perdon de mi osadia. Pero cuando vi caer el caballo.....

LEON. ¿Con que eso fué?

CONDE. Y era el alazan mas seguro de las caballerizas..... Yo mismo le habia escogido.

CAR. Pues teneis buena mano.

LEON. Escelente.

CAR. Al ver á V. A. desmayada.....

LEON. ¡Cielos!

CAR. No fui dueño de mi mismo. Sabia que tomar en mis brazos á mi soberana era ofender su dignidad, mas era asimismo arrancar del peligro á vuestra augusta persona, y no titubeé: cojí á V. A. y transporté al pabellon del parque el precioso tesoro de que yo fui único guarda.

CONDE. ¡Vos! (*Admirado.*)

COND. ¡Ella! (*ap.*)

CAR. Entonces solamente pensé en el atrevimiento de semejante accion, y al abrir los ojos V. A. me halló junto á sí implorando de rodillas mi perdon. (*Ap.*) Uf ¡No puedo mas!

CONDE. ¡Como!.. (*ap. estupefacto.*) Este menu-do ha sido capaz?....

COND. Ella, una jóven? (*Ap.*)

LEON. Vamos, si no es posible!! (*involuntariamente.*)

CAR. ¡Hum! (*tosiendo.*) Si tal, cáspita! ¡Oh! (*Confusa.*)

MAR. Que no es posible? (*picada, levantándose.*) He ahí una duda poco lisonjera para mi, Sr. Marqués.

LEON. Señora.... (*ap.*) Está de mal humor.

MAR. Dejadme que me envanezca pensando que el afecto á mi persona ha podido doblar las fuerzas y el valor de un débil niño. (*Mirando á Carlota con agrado.*)

CAR. Gracias, amiga. (*ap.*)
 CONDE. Pobre marqués! (*bajo á la condesa.*)
 Ahora vá á perder el favor de que goza con S. A. Ah! ah! ah! (*se ríe á hurtadillas.*)
 COND. Cómo? (*comprendiéndole.*) Ah! (*se ríe también, ap.*)
 MAR. En aquel momento acertó á pasar un coche, y él me condujo á Palacio.
 LEON. Y V. A. no experimenta... (*acercándose de nuevo.*)
 MAR. Nada mas que el placer del agradecimiento; Sr. Marqués, escribid ahí un bono de tres mil florines para mi libertador.
 LEON. Tres mil!
 MAR. Obedeced!
 CAR. Ah! Señora! (*pasando junto á Leon.*) No es un vil interés el que me ha... (*bajo al Marqués.*) Cáspita! cuánto hacen tres mil florines?
 LEON. Sesenta mil francos. (*bajo.*)
 CAR. Magnífico! (*ap.*)
 MAR. Vos, señor Conde, mandad que se den gratificaciones á las gentes que han seguido mi carroza.
 CONDE. Les daré mi bolsillo, señora. (*bajo señalando á Carlota.*) Intrigantuelo! (*vase.*)

ESCENA VII.

DICHOS, menos el CONDE.

MAR. Dios mio! Condesa, cuantas cosas bonitas! (*viendo sobre la mesa de la derecha las cajas de modas.*)
 COND. Es la remesa que esperabais de Francia, Señora. (*La duquesa se acerca á la mesa.*)
 CAR. Ah! (*vivamente. Leon tose, Maria le mira, Carlota se detiene, y mientras que la duquesa examina las modas, habla bajo con aquel.*)
 LEON. (*bajo.*) Pero dime, ha sido una broma, no es verdad? Realmente habrias podido?...
 CAR. Coger á la Duquesa en mis brazos? Simplon!.. Cuando se cayó el imbécil del caballo, yo tuve aun mas miedo que ella, y temblaba como la hoja en el arbol. Iba á dejarla en el suelo, y á echar á correr, cuando llegó un jardinero gordo, un enorme jardinero, que la cogió y la trasladó al pabellon, mientras yo iba detrás de él muy descansada...
 LEON. Ah! ah! Ya comprendo!
 CAR. Asi que la hubo dejado, desmayada como estaba en el sofá, «¡Desventurado, le dije yo; desventurado, tiembla; es tu soberana la que has osado tocar!.. Todo el que comete semejante crimen, es ahorcado al dia siguiente!» No necesitó mas el pobre hombre para llamar á talones, y desaparecer, quedando yo sola junto á S. A.; por esa feliz casualidad ocupé su puesto, y obtuve su recompensa; como sucede generalmente en las cortes.
 MAR. (*siempre examinando los objetos de moda.*) Todo esto es precioso! (*se vuelve hácia los otros.*)
 LEON. Silencio! (*bajo á Carlota.*)
 MAR. Vamos, Marqués, no escribís ese bono? ¿Acaso le teneis rencor porque me ha salvado? (*señalando á Carlota: movimiento de esta y de Leon.*) Escribid, escribid, y en premio os enseñaré todas las cosas bonitas que he recibido de París. (*Leon se sienta á la izquierda, y escribe: Maria y la Condesa se hallan junto á la mesa, sobre la cual estan las modas.*)
 CAR. (*Mirando desde lejos.*) Toma, toma! una cofia á la Soubise! Eso debe ser obra de alguna rival mia!
 MAR. Es de un gusto escelente. La pluma sobre todo...
 CAR. Bah! bah!... (*Acercándose.*)
 MAR. Parece que el alferéz no es de nuestra opinion.
 CAR. Perdone V. A..... la forma no es mala..... ciertamente se descubre ahí una mano hábil... (*ap.*) ¡Apuesto á que es de la bribona de Leonarda!... (*Alto.*) Pero esa mezcla de colores... es mezquina...
 COND. Es verdad.
 MAR. Tiene razon.
 CAR. Y luego esta pluma tiesa como el campanario de una aldea, en vez de inclinarse graciosamente...
 LEON. Santo Dios! Qué esta diciendo? (*Ap. tosiendo.*) Hum! hum! (*Carlota no le oye.*)
 MAR. Cierito que haría mucho mejor...
 COND. Sí, mucho mejor.
 CAR. (*continuando.*) Ya lo creo! (*tirando la cofia y acercándose á la mesa.*) Lo mismo que este jubon.... que mal hecho!
 MAR. De veras?
 CAR. Pero ya se vé, en Baden donde las modas se hallan tan atrasadas... (*Leon tose sin que Carlota le entienda.*)
 MAR. Atrasadas?
 COND. No tal.
 CAR. Seguramente. (*señalando al traje de la Condesa.*) Y si no, á ver ese traje... Qué mal cortado! Qué antiguo!... Qué desigual de las caderas! (*Leon vuelve á toser.*)
 MAR. Sí, sí! (*con mucha atencion.*)
 CAR. (*continuando.*) Lo que hace que parezca el talle muy alto, que pierda su gracia y su esbeltez, (*Leon tose.*) y otra porcion de encantos, de que una muger no debe privar nunca á sus admiradores. Es como si... (*Leon tose mas fuerte, y se levanta.*)
 MAR. (*lanzando una carcajada.*) Ah! ah! ah!
 COND. (*idem.*) Ah! ah! ah!
 CAR. (*creyendo que se ríen de las modas.*) Ah! ah! Que lo diga sino... (*A Leon.*)
 LEON. (*bajo á ella.*) Maldita!
 CAR. Eh!... (*echándose á reir.*) Ah! ah! ah!
 LEON. (*riendose.*) Un oficial, un militar hablando de modas! Ah! ah!
 MAR. (*riendose.*) Sí, sí, eso es lo que yo pensaba.
 COND. (*haciendo por reirse.*) Acaso este caballe-

ro ha hecho estudio de las cofias y las faldas?

CAR. Si, en Fra...

LEON. (*vivamente.*) En Austria.

CAR. (*riendo.*) Eso es, en Austria (*ap.*) Cargue el diablo con todos. (*alto.*) Allí los oficiales jóvenes se ocupan mucho en las faldas! Ah! ah! ah!

MAR. (*severamente.*) Señor Alferez! (*mira también à la Condesa que no cesa de reirse.*)

LEON. (*bajo à Carlota.*) Has perdido la cabeza?

CAR. (*bajo.*) Qué diantre, modista y alferez es una misma cosa!

MAR. (*tomando el papel de manos de Leon.*) Felizmente, Rodolfo, si hay momentos en que hablais como una muger, en otras ocasiones os conducis como un hombre; y eso es lo que yo no olvidaré nunca. (*entregándole el papel.*)

CAR. Señora...

COND. (*acercándose à Carlota, mientras la Duquesa se encamina à su cuarto.*) Imprudente! (*à Leon.*) Y el verdadero Rodolfo que puede llegar hasta la Duquesa!

LEON. Es menester hacerle desaparecer!

CAR. (*la Duquesa, al llegar à la puerta, vuelve la cabeza; los tres se aprietan la mano y se callan.*) Pero, y yo?

MAR. Condesa, Sr. Marqués, seguidme. (*la Duquesa y la Condesa se van: en el momento de seguir las, Leon hace à Carlota un gesto de disgusto, al que ella responde con un movimiento de mal humor.*)

ESCENA VIII.

CARLOTA, luego TANCREDO.

CAR. Pues señor, cada vez voy siendo mas hombre; en lugar de salir del pantano me hundo mas y mas en él. (*Tancredo aparece en el fondo.*) Pero entre tanto voy à cobrar mis tres mil florines. (*Tancredo se adelanta lentamente.*) Esta cantidad me servirá tal vez para escaparme. Vamos pronto. (*se vuelve y se encuentra cara à cara con Tancredo.*) Monaco!

TAN. (*con alegría.*) El es!.. es decir, es ella!.. esto es, sois vos?

CAR. Perfectamente... hasta la vista. (*queriendo escaparse.*)

TAN. (*deteniéndola por el brazo.*) Oh! esta vez no os marchareis!

CAR. (*ap.*) Cai en el garlito! (*alto.*) Caballero, como os atreveis...? (*le rechaza violentamente.*)

TAN. (*furioso y tambaleándose.*) Signor mio, eso es demasiado! (*ap. frotándose la espalda.*) Pues es un hombre! (*alto.*) Repito que eso es demasiado! La primera vez puede pasar... en las máscaras todo está permitido. Pero dos veces! dos veces! El mismo chasco en París y en Baden! Signor mio, es infinitamente demasiado!

CAR. (*aturdida.*) Qué es lo que dice? Qué es lo que dice?

TAN. En la otra ocasion solo me vengué à

medias, porque recibí una estocada que me hizo mucho daño. Mas ahora no es bastante; no me contentaré con eso, y vais à pagármelas todas las vuestras y las del otro.

CAR. Cuál otro? Qué, qué significa esto?

TAN. Vos lo sabeis muy bien, signor mio; vos que no habeis tenido verguenza en poneros faldas para trastornar la cabeza à un caballero de Monaco, lleno de dulzura y de....

CAR. ¡Bueno! ¡Bien!

TAN. Vos, que habeis deshonrado vuestra charretera, (*enterneciéndose.*) Signora: cuando os amaba tanto, mi alferez; cuando iba à correr detrás de vos, para ofreceros mi corazón, mi nombre y mi tierra de Monaco....!

CAR. (*involuntariamente.*) Seria posible? (*ap.*) Un marido!

TAN. Si, señorita....! Es decir, si señor! (*encolerizándose.*) Y ya que sois un.... señor.... os obligaré à que deis cuenta del insulto que os hago.

CAR. ¿Cuál insulto? (*aparece el Conde en el fondo.*)

TAN. (*quitándose un guante.*) Hele aquí!.... (*le tira el guante à la cara.*)

ESCENA IX.

DICHOS, EL CONDE.

CONDE. (*acercándose vivamente.*) ¡Gran Dios!

CAR. ¿Qué quiere decir esto?... (*recojiendo el guante.*)

TAN. ¿Cómo?

CONDE. ¿Un alferez pregunta lo que quiere decir... un bofeton?

CAR. ¿Un...? Es verdad, vos debeis entender mas que yo en el asunto.

CONDE. ¿Eh?

CAR. Un bofeton! ¿Es un bofeton?

TAN. Creo que sí.

CONDE. Yo lo he visto. Y no puede quedar de ese modo; ¡un oficial de la gran duquesa!

CAR. ¡Y no puede quedar de ese modo! Haced que le prendan. (*al Conde.*)

TAN. ¿A mí?

CONDE. ¿Qué decis?

CAR. Ya que me ha insultado...

CONDE. No hay duda que el medio es nuevo y honroso para un caballero, para el sobrino de un general.

TAN. ¡Sicuro, sicuro!

CAR. ¿Pues qué quereis que haga?

CONDE. Por vida del infierno, batiros!

TAN. Per vita del inferno, batiros!

CAR. (*ap.*) Bat... Gracias gordinflon, si no tienes que darme mas consejo que ese, puedes guardártelo.

CONDE. (*à media voz y apretándole la mano.*) Y daos prisa, mientras que aun estais libre. Quizás no lo esteis mucho tiempo.

CAR. Vaya, y qué hay?

TAN. (*à media voz por el otro lado.*) Dentro de

un instante soy con vos, con mis armas y mis testigos.

CAR. ¿Armas?... Pero, pero...

TAN. (ap.) Si es un hombre no es muy valiente. Si es una muger... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! (riéndose.)

CONDE. Escuchad, escuchad, caballero Monaco... antes me pedisteis perdon... ¿Y de qué? (Tancredo se detiene, le aprieta la mano y se retira sin decir palabra.) Oid, oid... De qué? de qué?

CAR. (ap.) Aguárdame mucho tiempo, Monaco, con tus armas y tus testigos, que para rato tienes. (al Conde.) Y vos, que me deciais antes?

CONDE. Que vuestros escudos tocan á su término, como vuestro favor, Sr. Rodolfo de Harsberg, pues en este informe que el ministro envia á S. A.,....

CAR. Contra mi?

CONDE. Se entiende, á menos que no seais dos en uno.

CAR. (va á tomarlo.) Un informe! Veamos.

CONDE. (retirándolo.) Voy al cuarto de la gran Duquesa. Ultrajar á vuestra soberana! Escribirla una carta semejante! Ah! Rodolfo!

CAR. (ap.) Pues señor, es una charada!

CONDE. Y al Marqués vuestro bienhechor le queriais.... Ah! Rodolfo!

CAR. Ah Rodolfo! Ah Rodolfo! No os explicareis mas? (enfadada.)

ESCENA X.

DICHOS Y LEON.

LEON. (qué sale fuera de sí, y sin poderse casi contener.) Sí, sí, se batirá!

CAR. (ap.) ¿Qué otra diablura habrá hecho mi maldito tocayo? Dios mio! No puede estarse quieto un instante!

CONDE. (á Leon.) Se batirá?

CAR. Eh?

LEON. Sí, os batireis!

CONDE. Está interesado el honor de nuestro pais, porque el duelo es con un extranjero.

LEON. Yo os aseguro que quedará en buen lugar.

CAR. (bajo á Leon.) Es que yo no sé batirme.

LEON. (lo mismo.) No importa.

CAR. (gritando.) Es que me matará.

CONDE. No importa.

CAR. Cómo... cómo!

LEON. Si: no importa!

CAR. (gritando.) Es que no quiero, no quiero!

LEON. (solemnemente al conde.) Os lo aseguro, Sr. Conde, se batirá. (vase el Conde.)

CAR. No, no, no me batiré, no me batiré!..... Y vamos á ver si me explicas...

ESCENA XI.

CARLOTA. LEON.

LEON. Silencio, silencio! Somos perdidos! Maria está enojada conmigo! Me han calumniado....

Me han hecho traicion!

CAR. Y no sabes que tu amigo Tancredo?...

LEON. Todo me lo ha contado.

CAR. Un duelo, querido! La pobre Carlota Clapier, está amenazada nada menos que de un duelo!

LEON. Pero por qué demonios fuistes á meterte con él?

CAR. Si él fué el que se metió conmigo... es decir, el que me provocó, el que me insultó de una manera... á que no estoy acostumbrada.

LEON. Y el Conde lo ha visto todo, y acaso la Corte entera no lo ignora ya! No tienes mas remedio que batirte.

CAR. Eh? Qué es lo que has dicho, caro amigo? Para que me ensarte con su espada? Gracias.

LEON. Si yo pudiera ponerme en tu lugar...

CAR. No creas que me quejaria.

LEON. El te ha arrojado su guante al rostro.

CAR. Oh! idea luminosa! Si yo le diese algunas excusas...? Nada mas comun entre los hombres.

LEON. Puedes imaginarlo siquiera?

CAR. No? ¿No puede ser? Pues segunda idea! Mira, concédeme media hora de muger, nada mas que un cuarto de hora, y ese tiempo me bastará para calmar al Monaco.. para detenerle, para...

LEON. Ni un minuto! Si yo supiese que alguna persona tenia noticia de mi secreto, pobre de ella! (apretándola un brazo.) Pobre de ti!

CAR. Entonces, ¿cómo hemos de salir de este laberinto? Yo no puedo ver un arma blanca sin temblar como un azogado.... Ah! tercera idea: acudir á la estratagemia de la fuga.

LEON. Dios mio! No nos faltaba mas!

CAR. Vamos, piensa, despáchate. Ya está aquí. (sintiendo venir á alguien.)

LEON. Tancredo! (asustado.)

CAR. No, no es él! (tranquilizándose.)

ESCENA XII.

DICHOS Y UN OFICIAL.

OFIC. Mi coronel... (misteriosamente.) Tomad esta carta que me han encargado os entregue en secreto.

LEON. A mi?

OFIC. (mas bajo.) Una señora!

LEON. Dadme.

CAR. Vamos, otra montaña que se desploma sobre nosotros!

LEON. (Carlota se acerca á él.) De la Condesa! Cielos! El general acaba de llegar á la corte!

CAR. Mi tio!! Buenos estamos!

LEON. Yo le veré... inventaré una fábula, una novela... qué sé yo? Pero ante todo, ese duelo... Ah! (dándose un golpe en la frente.)

CAR. Te ha ocurrido algo? (bajo.)

LEON. Sí. (llamando.) Alférez.... (Carlota hace un movimiento.) No es á ti, sino al otro. (el oficial que iba á marcharse se vuelve atrás.)

OFIC. Mi coronel?

LEON. Escuchad. (*bajo à Carlota.*) Este es el duelista tan temido, el espadachin...

CAR. Que nunca ha errado el golpe?

LEON. Justamente. Siempre tiene necesidad de dinero, y me es fiel á toda prueba. Espera y verás. (*alto.*) Alferez, vais á batiros con el señor.

CAR. ¿Conmigo? (*asustada.*)

OFIC. ¿Con este niño? Como guste el Sr. Marqués.

CAR. (*bajo.*) Cómo? cómo? En caso de que sea alguno, prefiero desde luego á Monaco.

LEON. Oyeme: un lance así engaña á S. A.. á la córte, y asusta á tu adversario.

TAN. (*desde dentro.*) Esperadme aquí.

LEON. Cielos! Tancredo! Sacad pronto las espadas.

CAR. Ay!

OFIC. Aquí, mi coronel?

LEON. Sí, yo respondo de todo... Vos, alferez, parad los golpes retrocediendo, y si os hiere, os daré mil florines en recompensa.

OFIC. Mil florines? Pues me herirá!

CAR. Aaah!.. Comprendido! comprendido! Oh! entonces en guardia, (*con seguridad*) en guardia, caballero! Vuestra vida ó la mia! (*sacan las espadas y en este momento aparece Tancredo.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, TANCREDO, despues EL CONDE.

LEON. Señores, señores....

CAR. Dejadme!.. dejadnos! (*acometiendo.*)

TAN. Oh! *cual espectáculo!* (*desde el fondo asombrado.*)

LEON. (*corriendo hácia Tancredo.*) Tancredo, amigo mio, venid en mi ayuda, para separar á esos dos tigres rabiosos, que se persiguen hasta en Palacio.

TAN. Cómo? Qué? El chiquillo?... Oh Dio!

CAR. (*acuchillándole y persiguiéndole.*) Cuidado, Monaco, ú os ensarto como á un gorrion! (*Tancredo se aleja vivamente.*)

TAN. Per mio padrone! Es un excelente tirador! (*ap. asustado.*)

LEON. El Conde! (*mirando hácia la derecha.*)

CAR. El Conde? Toma, toma, toma. (*acosando al oficial.*)

OFIC. Ah!... Estoy herido! Gané los mil florines! (*va apoyarse en un sillón, y desaparece á poco.*)

TAN. Decididamente es un hombre! (*ap.*)

CAR. (*triumfante.*) Victoria! victoria! Ahora nosotros dos, Monaco; ahora nosotros dos! (*se pone en guardia.*)

TAN. Eh? nosotros?

CONDE. Desgraciados! En el cuarto de la gran Duquesa! (*saliendo.*)

LEON. Sí, en el cuarto de la gran Duquesa!

CAR. Me es igual.

TAN. Ciertamente: es el cuarto de la gran Duquesa!

CAR. (*se pasea con ademan victorioso limpiando su espada.*) No me importa, no me importa; (*ap.*) Monaco tiene miedo!

CONDE. (*deteniendo à Tancredo.*) No os batireis aquí!

TAN. No, no. ¡Batirme con ese joven... cansado aun! ¿Habeis creido que yo seria tan cobarde? Jamás, jamás, jamas, vive Dios! (*se pasea tambien con aire terrible, cruzándose con Carlota, que continua recorriendo el teatro á pasos largos.*)

CAR. Yo estoy siempre dispuesto! (*bajo á Leon.*) Aquí hay un guapo para otro guapo.

LEON. (*bajo.*) Adelante, adelante!

CAR. Vos me habeis insultado! En guardia, Monaco, en guardia!

TAN. No me toqueis!

CONDE. Señores!

ESCENA XIV.

DICHOS, MARIA Y LA CONDESA, que salen á los gritos.

COND. S. A.!

CONDE Y LEON. S. A.!

TAN. La gran Duquesa!

CAR. Diantre! (*quiere envainar su espada, Leon se lo impide.*)

MAR. Qué es esto, señores? Qué voces son las que acabo de oír?

CONDE. (*señalando à Carlota.*) Ese joven imprudente que ha osado sacar la espada...

LEON. Contra el caballero Bambinelli.

TAN. (*señalando à su espada.*) Yo no! Oh! Dio! en el cuarto de S. A...!

MAR. (*Carlota quiere hablar, Leon tose.*) Señores... Rodolfo de Harsberg, eso es muy mal hecho. (*Carlota quiere hablar: Leon tose.*) Sr. Conde, que pena hay en semejante caso?

CONDE. Para un oficial, ser fusilado.

CAR. Fusilado! (*Leon tose.*) Es que yo seré... (*á Leon.*) todo lo que tú quieras... pero fusilado! Hasta ahí podían llegar las bromas! (*Leon tose mas fuerte.*)

MAR. Rodolfo! (*Carlota se calla, la duquesa se aproxima à ella, haciendo á los demas señal de que se alejen.*)

TAN. Yo parto en posta per Monaco.

CONDE. Caballero... (*deteniéndole.*)

MAR. (*á media voz à Carlota.*) Lo sé todo, vuestros proyectos, vuestras esperanzas... ¿Reconoceis este billete que ha encontrado la policia en casa de un amigo vuestro?

CAR. (*asombrada.*) Yo? No....

MAR. Ved la firma.

CAR. Rodolfo de Harsberg! Cuando acabará aquel demonio? (*ap.*)

MAR. (*movimiento de Carlota.*) Lo reconocéis? Y lo que contiene... no lo ignorais vos, es un ultraje, es un crimen. (*mientras ella habla, Carlota, lee el billete, y manifiesta la mayor sorpresa.*)

CAR. Ah! condenado! (*ap.*)
 COND. (*á Leon.*) Aquella es la famosa carta!
 (*Leon mira á la Condesa sin comprender.*)
 MAR. (*continuando en voz baja.*) Querian conducirnos á S. Benito.
 CAR. A San?... (*tremula, ap.*) Es decir, á un castillo!
 MAR. Pero os he perdonado, y en este momento tambien os salvo la vida, pagandoos asi la deuda de mi gratitud. (*movimiento de Carlota: la Duquesa levanta la voz.*) Sr. Conde de Saldorf, id á buscar al General de Harsberg, y decidle que venga á palacio al instante. (*espanto de Leon y de la Condesa.*) Sr. Alferoz, no os alejeis. (*Carlota ha venido á colocarse entre Leon y la Condesa.*)
 COND. (*bajo.*) Os habeis perdido!!
 CAR. (*lo mismo.*) Nos hemos salvado, si los dos me ayudais! Seguidme. (*Tancredo está para escaparse, cuando la Duquesa se dirige á él.*)
 MAR. En cuanto al caballero Babinelli....
 TAN. (*deteniendose.*) No haga caso V. A.
 MAR. Que aseguren su persona al instante.
 TAN. A mi? Perdona S. A.; yo salgo per Monaco.
 CAR. Se marcha! (*Leon tose, y ella le dice ap.*) Es que yo quiero que permanezca!
 CONDE. Quedais preso! (*á Tancredo.*)
 MAR. Dejadme todos... Vos Condesa, llevad eso á dentro. (*señalando las modas que estaban aun sobre la mesa.*)
 TAN. Cómo! Atentar á mi libertad! Poner la mano sobre un Straniero... en mi persona se insulta á todo el reino de Monaco!
 CAR. (*al marcharse.*) Tengo un plan magnífico.
 LEON. Silencio, S. A. nos observa.
 CONDE. (*ap.*) Pobre Marqués! Su desgracia es segura!
 TAN. Si logro escaparme, vuelvo á Monaco como un águila.

(El Conde sale delante con Tancredo; despues la Condesa. Leon quiere tomar una mano á la Duquesa, que le rechaza; Carlota hace seña á Leon de que la siga. Ciérranse las puertas del salon despues de haber colocado un criado dos candelabros sobre la mesa.)

MAR. Dejadme, dejadme! (*A Leon.*)

ESCENA XV.

MARIA, despues CARLOTA.

MAR. Leon! Hace algunos dias que está inquieto, triste... y luego esta carta! Si fuese verdad! Si me engañara! Ese joven tiene tantos motivos para intentar irritarme contra... contra mi marido! (*bajando la voz.*) Mi marido! Tenia razon en querer desterrar de la Corte al temerario! Estoy resuelta; se lo entregaré á su tio. Si yo tuviese lo mas mínimo de que acusarme..... (*ábrese la ventana, y aparece Carlota.*)
 CAR. (*ap.*) Ya estoy aquí. Con tal de que no me dejen ahora en la estacada... (*tropieza con un mueble. Maria vuelve la cabeza.*)

MAR. Dios mio! (*asustada.*)
 CAR. Callad, no me perdais!
 MAR. (*tremula.*) Vos, vos aqui!
 CAR. Sí; yo que vengo á pedir á mi soberana gracia, perdon... (*se acerca á Maria.*)
 MAR. No os acerqueis!
 CAR. (*ap.*) Pobre muger! Cual de nosotras dos tendrá mas miedo?
 MAR. Ya que os he perdonado, no concibo la causa de... (*retrocediendo.*) Os digo que no os acerqueis... retiraos!
 CAR. (*con mas seguridad.*) No, no me retiraré. Sé que soy un atrevido, un criminal; hacedme prender, enviadme al suplicio... estoy pronto... (*ap.*) Dios mio! Si me cojiese la palabra!
 MAR. Pero en fin, ¿qué me quereis? No os he perdonado ya? Salid, salid!
 CAR. (*ap.*) No es ese mi cálculo. (*alto.*) Me habeis perdonado, y me arrojaís de vuestra presencia, y deseais entregarme á mi tio, al militar mas brutal...
 MAR. (*acercándose un poco.*) Y eso es lo que os asusta? Tranquilizaos.
 CAR. V. A. no logrará civilizarle, y si él sabe que Rodolfo... que yo, he osado escribir esa carta que os ha ofendido... esa carta apasionada...
 MAR. Yo he olvidado, ó no quiero acordarme de una locura de joven, por no tener que castigarla.
 CAR. Locura? Mas entonces no la habeis leído: (*leyendo.*) «No he hecho mas que entreveer á una persona escelsa, y estoy enamorado de ella como un insensato!» (*á Maria.*) Esto dice, señora.
 MAR. Sí, sí, ya lo sé.
 CAR. (*continuando.*) Quieren alejarme y la engañan...
 MAR. Me engañan? Y quiénes?
 CAR. Quiénes?... Qué importa quiénes? El caso es... que os engañan: (*leyendo.*) «Pero por mas que hagan, iré á la Corte, penetraré hasta el lado de S. A., y á fé de caballero nada me detendrá para revelarle la verdad.» Ois, señora?
 MAR. Oigo, oigo.
 CAR. (*ap. inquieta.*) Me abandonan! No vienen aun! Pues ánimo. (*alto.*) Si señora, me atreveré á deciros esa palabra terrible que jamás ha enojado á muger alguna! Si yo os a... (*movimiento severo de Maria que la detiene.*) Perdonadme, perdonadme, pero en los sueños de mi juventud, en las quimeras de mi ardiente fantasia, yo habia visto un angel de hermosura y de bondad que me sonreia en mis ilusiones, que me alargaba los brazos en mis horas de dolor! Ese angel que tenia siempre ante mis ojos, que á todas horas y en todas partes encontraba, sois vos! Sí, sí, yo os amo, y os juro que esta es la vez primera que se lo digo á una muger!
 MAR. (*Turbada.*) Cómo?
 CAR. Sí, la primera que ofrezco dar mi sangre,

mi vida por ella!

MAR. (*Suena ruido.*) Qué osadia! Silencio! No ois?

CAR. (*ap.*) Uf, gracias á Dios!

MAR. Alguien viene! Si fuese...

CAR. Quién? Vos sois soberana... Vos sois libre...

MAR. Sí, sí... ciertamente... pero... los cortesanos... el sitio... la hora... Salid, salid...

CAR. (*escuchando.*) No es nada, señora; es la voz del marqués.

MAR. Razon mas... partid... por donde habeis venido.

CAR. (*ap.*) Eso si que no.

MAR. (*corriendo á la ventana.*) Esta ventana....

LEON. (*desde fuera.*) Poned centinelas en todas partes.

CAR. (*lanzándose al gabinete de la derecha.*) Ahora es la mia. (*Cierra la puerta al mismo tiempo que se abre la del fondo. Maria vuelve la cabeza y no ve ya á Carlota; entonces da un grito y se deja caer en un sofá en el mismo momento en que Leon aparece.*)

MAR. Ah! Cielos! Y si hablo una palabra, es perdido...

ESCENA XVI.

MARIA. LEON.

LEON. (*al salir.*) Sr. Conde, os recomiendo la mayor vijilancia, y avisadme.

MAR. Dios mio! Qué teneis? Por qué mandais que os avisen?

LEON. Ah! sois vos, señora? Dispensad si me atrevo á presentarme aun ante vos, cuando me habeis rechazado, cuando...

MAR. Yo? No, no creo.... Fue una niñada..... (*le tiende la mano.*) Y ya te aguardaba.

LEON. Cuanta bondad..... pero vuestra mano tiembla..! Sabriais?

MAR. Qué? Tú mismo estas conmovido, agitado!

LEON. Es que si fuese verdad como acaban de asegurármelo, que una persona ha osado penetrar en esta habitacion....

MAR. Aqui? Yo no sé... no sé nada.

LEON. El Conde de Saldorf es quien me ha dicho...

MAR. (*encolerizada.*) El Conde! El Conde! (*canbiando de conversacion.*) A propósito, ha visto al general de Harsberg segun yo le habia ordenado?

LEON. Pienso que si.—Juzgad de mi inquietud cuando he sabido que alguno se ha introducido en este sitio. Porque solamente puede ser con intencion criminal....

MAR. (*interrumpiéndole.*) Qué locura! Me alegraré de que el general asista esta noche á la tertulia de la Corte. Mi matrimonio no debe ser ya un secreto; quiero que todo el mundo lo sepa, porque ejemplos hay de semejantes casamientos morganáticos en los estados de la confederacion germánica.

LEON. (*ap.*) Gracias al cielo! (*alto.*) Ah! Maria! Yo tambien podré confesar en alta voz mi agradecimiento, y si se atreviesen á acusarte delante de mi como poco ha....

MAR. Pues qué decian?

LEON. Era á propósito de esa persona que se ha introducido en tu cámara. Y es posible que nada sepas?

MAR. Nada, nada. (*ap.*) Por qué ha de ser necesario engañarle?

LEON. El Conde de Saldorf que es la gacetilla de la Corte...

MAR. Es un tonto.

LEON. Hablaba del sobrino del general, de sus proyectos, de esa carta audaz que te han entregado.

MAR. Una carta? Ah! sí, es cierto; mas ¿soy yo responsable de las locuras de un calavera, que ha podido equivocarse mi proteccion y la tuya?

LEON. No digo eso, pero... yo no sé disimular mejor que tú, y recordando el servicio que te hizo, la gratitud que le manifestaste, y aquella mirada severa para mi solo... una duda, una sospecha se han apoderado de mi corazon.... Perdóname, yo te amo, soy celoso del cariño que me has jurado, y aquí, á tu lado, sufro y padezco aun. Si fuese verdad, si un imprudente se hubiese atrevido á penetrar por esa ventana entreabierta!.. (*movimiento de Maria.*) No es mas que una suposicion; mas en fin, qué deberia pensar yo? Juzgaria por solo las apariencias que una esposa, una soberana?..

MAR. (*con ansiedad.*) Marqués, olvidais?..

LEON. Respóndeme tú misma: si el dia que me creiste culpable hubieras encontrado en mi cuarto, en vez de un paje joven, una muger (*movimiento de Maria*) que hubiera venido imprudentemente á implorar mi proteccion...

MAR. No es igual.

LEON. Si temerosa de tus celos se hubiese ocultado...

MAR. Pero felizmente nada de eso hay, no es asi?

LEON. (*continuando.*) Como ahora aqui en tu cámara.... Tiemblas todavia! Sin duda no hubieras dado crédito á mis palabras... Y tú quieres que yo...

MAR. Leon, te juro....

LEON. Silencio, el Conde.

ESCENA XVII.

DICHOS, EL CONDE, *despues* CARLOTA, Y TANCREDO.

CONDE. Sr. Marqués.... Ah! Señora, ignoraba.... pero la Condesa trémula de espanto me lo ha avisado todo, y yo vengo á salvaros quizás...

MAR. A salvarme?

LEON. Hablad.

CONDE. El Sr. Marqués me habia dicho que corriese á anunciárselo, si se descubria al miserable... porque solo puede ser un misera-

- ble... (movimiento de Leon y de Maria.) Y he sabido que está aqui.
- MAR. (ap.) Desgraciado!
- LEON. Y quién es?
- CONDE. Lo ignoro.
- LEON. No importa; ante todo la seguridad de la Duquesa. (encaminándose a la puerta de la derecha.) Es menester al instante...
- MAR. (colocándose delante de la puerta.) Deteneos! (la puerta se abre, y aparece Carlota de muger, como en el primer acto, y con uno de los trajes que examinó la Duquesa antes.)
- CAR. Me llama V. A?..
- MAR. (ap.) Qué veo!
- CONDE. (estupefacto.) Una muger!
- LEON. (aparentando sorpresa.) Una muger! (ap. riendose.) Magnifico! (alto.) Y quién?...
- CAR. Soy la hermana de Rodolfo de Harsberg...
- CONDE. Su hermana? Aaah!
- CAR. Que venia á solicitar en secreto para su hermano, confuso y avergonzado de lo que ha hecho, el permiso de regresar á Fra...
- LEON. (vivamente.) Al Austria...
- CAR. Justamente. (ap.) Uf! No me ha costado poco!
- MAR. (ap. observándolos.) No le reconoce! Gracias, Dios mio!
- LEON. (ap. lo mismo.) Nuestro plan triunfa! (á Maria bajo.) Una muger! Ah! Maria! Perdon!
- CONDE. (quiere acercarse á Leon.) Pero permitid...
- LEON. (como Maria en el primer acto.) Silencio, Sr. Conde! En mi vida os perdonaré!
- CONDE. (ap.) Bueno! Ahora me lo dice él! Ocho dias ha no hago mas que simplezas! (se acerca al Marqués para justificarse. Leon sigue de reojo los movimientos de Maria.)
- MAR. (bajo á Carlota.) Caballero, vos habeis salvado mi honor, mi reputacion; mas permaneceréis muger siempre!
- CAR. Siempre! Lo juro! (reprimiendose y con mas calma.) Es decir... me resigno. (ap. con expansion.) Aaah! Renazco... respiro... me reconozco... vuelvo á ser yo!
- TANC. (saliendo.) Conducidme... dejadme que me arroje á los pies de la Duquesa. (viendola.) Ah! Señora, permitid...
- CAR. Toma! Es Mona!.. (Leon tose, ella acaba por lo bajo.) co!
- TANC. (viendo á Carlota.) Cielos! (á Maria.) Que un infortunado... pero es ella! implore... Si; es él... á V. A... Ah! Signorina!
- CAR. (ap.) Ay, ay, ay!
- CONDE. Está loco?
- MAR. Caballero, quedais en libertad.
- TANC. Ah! Señora... Yo... ciertamente... (á Carlota.) Mas, ¿sois vos? (á Leon.) Es ella!... aquella hermosa joven... ya sabeis...
- MAR. (ap. riendose.) Le llama hermosa joven! (se rie mirando á Carlota, que se rie tambien.) Ah! ah!
- CAR. Ah! ah!
- LEON. La conocéis?
- TANC. Señor Marqués, yo la adoro, yo la idolatro... y la ofrezco mi mano.
- LEON. (vivamente.) Que ella acepta.
- TANC. Aaaah! aaah! aaah! (muy contento.)
- CAR. Sin vacilar.
- TANC. (con entusiasmo.) Aaah!
- MAR. (ap. riendose.) Ah! ah! Hay cosa mas graciosa?
- CAR. (ap.) Ya soy la señora Monaco!
- TANC. E vero? Sin vacilar?
- MAR. (en la mayor turbacion.) Pero esto es demasiado! (acercándose á Leon y á media voz.) Ese casamiento no puede verificarse... no; no es posible.
- LEON. (bajo.) Y por qué?
- MAR. (cada vez mas confusa.) Es que... Ah! Leon!..
- LEON. Y bien, Maria?...
- MAR. Debo confesároslo todo... El imprudente que venia á implorar su perdon... es él!
- LEON. El? No lo creo.
- MAR. Cómo?
- LEON. Es que... Maria...
- MAR. Y bien, Leon?..
- LEON. Debo confesároslo todo. La imprudente que iba á implorar mi proteccion... era ella!
- MAR. (con un ligero grito.) Ah! (los dos se aprietan la mano.)
- CONDE. (bajo á Tancredo.) Estais seguro de que es la hermana?
- TANC. He pasado por alternativas tan diversas, tan horribles, que no sé que pensar. ¿De veras sois?...
- CAR. (bajo.) Monaco! Esa pregunta me ofende!
- MAR. El matrimonio se verificará mañana en mi capilla; y yo dotaré á la novia, que partirá con su esposo para el Austria.
- LEON. Para Francia.
- CAR. (tendiendo la mano á Tancredo.) No... (imitándole.) Per Monaco! (á Leon suspirando.) Donde pensará aun algunas veces en el regimiento de Picardia!.. Mas y ahora, ¿el pasaporte para salir de esta corte quién me lo ha de dar aqui?
- MAR. Eso no me toca á mi.
- LEON. Ni á mi.
- CONDE. Ni á mi.
- CAR. ¿Pues á cuál?
- LEON. Aquel es el tribunal. (señalando al público.)
- CAR. Aquel? Entonces confío que será indulgente y pio, con la que aqui atribulada hoy espera... una palmada!

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID: 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

